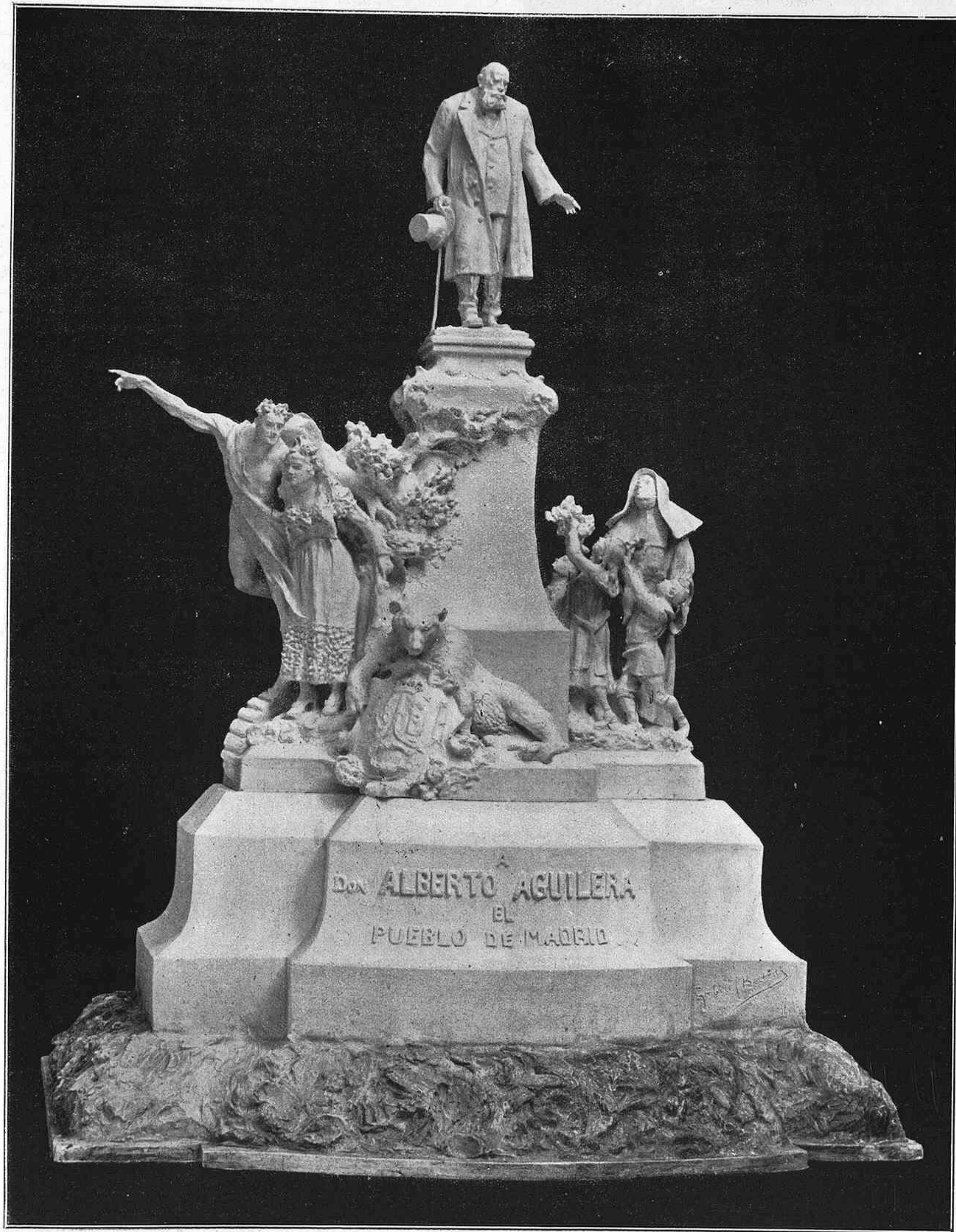


La Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 1.º DE MARZO DE 1915

Núm. 1.731



Boceto del monumento que ha de erigirse en Madrid a D. Alberto Aguilera por iniciativa del Centro de Hijos de Madrid. Obra de Gabriel Borrás. (De fotografía remitida por nuestro reportero J. Vidal.)



Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *Vanidad*, por Vicente Díez de Tejada. - *La guerra europea*. - Madrid. En la Real Academia de Jurisprudencia. - D. Victorino de la Plaza. - *El exministro belga Sr. Cooremán en Madrid*. - Barcelona. Estreno de «*La enemiga*». - *La Niania* (novela ilustrada; continuación). - *Rincones de España. Jaca, sus joyas y costumbres*, por el conde de Carlet. - Barcelona. Salón París. - Libros.

Grabados. - *Boceto del monumento que ha de erigirse en Madrid a D. Alberto Aguilera*, obra de Gabriel Borrás. - Dibujo de Opisso, que ilustra el cuento *Vanidad*. - *Busto de Donatello*, modelado por miss M. Buchanan. - *Otalisca*, cuadro de Maximino Peña. - *La guerra europea. Tropas alemanas en Neuchatel*. - *Soldados ingleses practicando ejercicios de boxeo*. - *Prisioneros franceses en el campo de concentración de Zosen*. - *Amatalladora montada a bordo de un biplano francés*. - *Una posición de la artillería alemana*. - *Una trinchera alemana cubierta de nieve*. - *Soldado alemán en uniforme de invierno*. - *Mascavita*, cuadro de L. A. Schmutzler. - *Preparando el cebo; Pescador de caña*, cuadros de Dionisio Baixeras. - Madrid. En la Real Academia de Jurisprudencia. - D. Victorino de la Plaza. - *El exministro belga Sr. Cooremán*. - Barcelona. Estreno de «*La enemiga*». - *Rincones de España. Jaca, sus joyas y costumbres* (cuatro fotografías). - *El eminente escritor D. Benito Pérez Galdós*, boceto retrato modelado por José Cardona.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Apenas acababa la Intrusa de salir de mi hogar, cuando se dirigió, a pasos táticos y sigilosos, a otro hogar formado por ideales comunes, ya que no por los lazos de la sangre, y cortó una preciosa vida, consagrada al estudio, a la enseñanza y a nobles tareas.

Fué D. Francisco Giner de los Ríos el señalado para morir, mientras en la calle resonaban aún los gritos locos del Carnaval populachero, y se enlodaban los últimos puñados de confetti entre el barro sucio del arroyo.

Para mí, el que acaba de emprender el gran viaje era, tal vez, el más querido de mis amigos, que van desapareciendo uno tras otro.

Nació esta amistad, no de similitud de ideas, sino de un fraternal cariño engendrado por dos sentimientos: la convicción de la suma bondad de aquel alma escogidísima, y la constancia de la atención prestada a mi labor por el que a tantas cosas útiles se dedicaba, y, que sin embargo, jamás interrumpió la especie de vigilancia afectuosa que le merecieron las evoluciones de mi arte y de mi mentalidad.

* *

Conocí a D. Francisco Giner, siendo yo muy joven, y nunca se interrumpió la comunicación intelectual que había de unirnos, aunque ninguno de los dos tuviese tiempo de hacerla más frecuente, como yo hubiese deseado.

Hallábame entonces en un momento de gran desorientación, vacilando entre el verso y la prosa, sin haberme formado estilo, atraída por admiraciones contradictorias, en peligro de imitación.

No me cruzaba por las mientes el plan de escribir novelas, aunque en la adolescencia hubiese embozonado una.

Ensayaba (en secreto) varios géneros, y hasta proyectaba un tratado de política, creo que inspirado por la lectura del *Contrato Social*. En suma, no sabía por dónde andaba.

D. Francisco Giner, en largas conversaciones, sin hacer presión alguna sobre mi voluntad, limitándose a sugerirme puntos de vista, me fué abriendo camino en aquellas confusiones. Me alentaba a cultivar la poesía, y en esto creo que pecaba de indulgente; pero, a la vez, sus consejos me llevaron a recogerme, a estudiar algo y meditar un poco, antes de tomar dirección.

* *

Era Giner partidario de que el escritor se hiciese íntimo de sí mismo; de que penetrase en su santuario y no renegase del manantial en que acostumbraba beber: pero también de que recorriese el mundo, viajase, recibiese las influencias del aire exterior, y por ellas se hiciese doblemente castizo.

Es más fácil sentir que recordar, en esta penosa hora, cuántas indicaciones llenas de luz debí a don Francisco Giner.

Dábase en él un caso singular: siendo su terreno propio el de la filosofía y la pedagogía, al hablar de literatura creyábase que le interesaba sobre todo el

arte, en el cual ponía el calor entrañable que caracterizaba su psicología maravillosa. Todo él era efusión, todo entusiasmo. Una tan madura razón unida a un sentir tan juvenil y vehemente, raras veces se juntan.

* *

En aquella época, cuando conocí a D. Francisco, se debatía encarnizadamente la escuela filosófica a que pertenecía el grupo del cual formaba él parte.

Sanz del Río había traído a España, decíase, las doctrinas krausistas, y muerto el maestro, quedaba, en primer término entre los epígonos, Giner. Habían pasado ya las ardientes polémicas de *La ciencia española*, pero aun se combatía contra la «filosofía alemana», por bastantes limitada al krausismo. Era general el tole tole contra los pensadores exóticos. El ingenio de Campoamor y la erudición de Menéndez y Pelayo los habían hecho, en general, impopulares.

Y no pocos amigos míos, de otros colores, andaban preocupados con el temor de que, por la amistad que me unía a Giner y a varios profesores del mismo matiz fuese yo un recluta de sus huestes.

Era inútil que repitiese una verdad, que acaso ni hoy será creída, a saber: que en jamás de los jamases D. Francisco ni sus amigos me expusieron teorías filosóficas, ni trataron de convencerme, ni cosa que lo valga. Nos faltaba tiempo para hablar de arte.

Justamente D. Francisco era, al menos por lo que yo he visto siempre - ¿y qué necesidad tenía de disimulos ni de ficciones? - el hombre más transigente, más abierto de entendimiento, más complacido al encontrar una chispa de originalidad.

* *

Uno de los favores que le debió mi formación moral, fué esta transigencia, este respeto a la ajena opinión, cuando es sincera.

Yo considero que la transigencia, entendida así, es una virtud, o una cualidad por lo menos; y siempre que necesité confirmarme en ella, una plática con D. Francisco me bastó.

Es verdad que tal modo de ser no ha dejado de costarme algunos disgustos, porque aquí, donde quizás las costumbres están más impregnadas de transigencia o, mejor, de indiferentismo, que en ningún país, la palabra y la pluma son intolerantes, desde antiguo; y quizás esto no deba achacarse a España tan sólo, pues actualmente, en América, no le consentían a uno ni la imparcialidad en el modo de juzgar esta guerra monstruosa.

No solamente las gentes no practican la tolerancia, sino que se oponen a que la practiquemos.

* *

Giner tenía un espíritu de justicia y de amor humano tan amplio y constante, que sin dejar de ser un convicto, y hasta un agitador de conciencias, su instinto le movía siempre a reconocer la razón ajena, y sobre todo, a inclinarse, efusivamente, ante el ajeno sentir.

Todas estas condiciones se reflejaron en su vida, que merecería ser escrita por quien, en diaria comunicación, haya recogido los rasgos encantadores de su personalidad.

No he visto a nadie más alegre, más infantilmente enamorado del vivir.

Todo le emocionaba hasta un punto casi místico: una flor, un árbol, un paisaje, una lectura.

Su frescura de impresiones no sufrió descenso; se prolongó hasta la avanzada edad de setenta y cinco años, como se prolongó el vigor de su inteligencia y su energía para el trabajo...

Ahora tenía entre manos un libro, y planes formados, y como conocí que era llegada su hora, lo único que lamentaba era no poder terminar la tarea que se había propuesto. ¡Pero, quién termina la tarea jamás! Todo obrero suelta las herramientas antes de que el sol se haya sepultado tras la montaña...

* *

Necesito repetirlo: afinidades de pensamiento, en cosas muy fundamentales, no existían entre este sabio y yo.

Y qué concepto habré tenido de él, para llegar al extremo de recelar de mí misma cuando no estábamos conformes ni podíamos estarlo.

La estimación más profunda, una verdadera veneración, eran tributo natural que le rendía. Su cálida

palabra de meridional relieve, tenía una fuerza persuasiva extraordinaria.

Además (él se complacía en repetirlo), siempre hay, entre los bien intencionados, terreno común, una zona neutral, en la cual puedan reunirse y estar perfectamente de acuerdo.

Así, por ejemplo, nada diferíamos en la importancia que otorgábamos a la pedagogía para la regeneración posible de España, en la cual Giner esperó siempre. Porque, insisto, era un español de corazón, y en el crítico momento de la pérdida de las colonias y guerra con los Estados Unidos, le vi sufrir, le vi con pesadumbre honda, con indignación patriótica, como debía ser.

Giner, más que nadie, comprendía y hacía comprender a sus discípulos lo hermoso, lo interesante del fondo español, visto al través de comarcas, monumentos, costumbres y tipos, surgiendo del fecundo campo popular.

En la Institución libre de Enseñanza se excursionaba, se andaba a pie, se visitaban pueblos y aldeas, y lejos de moldearse en nada extranjero, se cultivaba lo genuino nuestro, con religiosa piedad.

En detalles se revelaba tal sentido; el comedor de la Institución, lo adornaba una colección de pucheros, ollas y platos de cerámica española, recogidos dondequiera (varios en Galicia) y en cuyas formas y primitivo ornato encontraba Giner mil atractivos.

* *

Giner vivió con la mayor sencillez, con recogimiento, que no consistía en encerrarse en la biblioteca ni en el gabinete de estudio, sino en rehuir toda exhibición, toda vanidad, recatando hasta la influencia, muy extensa y muy real, que ejercía.

A la exquisita pulcritud de su persona se unía la mayor modestia en el vestir; era a un tiempo frugal, estoico y refinado. Dondequiera que llegaba su radio de acción, se ensanchaba la cultura, se suavizaba la relación humana.

La Biblioteca del Museo pedagógico, verbigracia, era la única de Madrid donde se prescindía completamente de enojosas cortapisas y se procuraba a toda costa difundir la instrucción.

Y ¿qué diré de la generosa actividad de Giner en pro del mejoramiento de la condición de las mujeres? En esto conformábamos absolutamente, con la diferencia de que él hizo tanto y yo tan poco.

Giner, como hombre de vida honesta, era feminista incondicional.

Gran asombro le causaban aquellos políticos radicales y avanzados, para la mujer tan severos como no lo fueron los varones del Renacimiento que la llevaron a la cátedra y a toda preeminencia.

De esto pudiera yo decir largamente, pero estoy aún padeciendo la debilidad de pluma y de discurso que sigue a los grandes dolores.

* *

Es curioso lo que nos sucede con esto de la muerte.

La tenemos bien prevista, y hasta parecería que oímos, como en el terrible drama, el chirrido con que afila su hoz. No ignoramos que va a llegar. Hay más: comprendemos, o creemos comprender, la ley necesaria, ineludible, que la trae. Se supondría que nos hallamos bien preparados, por largo presentimiento.

Y cuando se presenta, cuando nos ciega, al fin, el amarillo relámpago de su faz, nos causa tal sorpresa como si nunca sospechásemos que aparecería.

No es tanto la nota de la tristeza, como la de esa sorpresa indefinible y trágica, lo que domina en nuestro estado moral después de una pérdida que no ha de repararse nunca. Sorpresa y una especie de incredulidad misteriosa.

¿Significará esta incredulidad que algo sobrevive, y nos lo dice alguien, al oído, en las horas de prueba? No lo sé. Ello es así.

Y entretanto, fuera, en las calles y los paseos, un poco de papel de colorines es lo que queda de las fugaces alegrías de este Carnaval, que no consiguió disipar la pesadilla de la guerra, otro triunfo de la Muerte...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



Inútiles fueron sus voces de mando para llamar a sus servidores fieles

VANIDAD
 POR VICENTE DÍEZ DE TEJADA
 dibujo de Opisso

Había, una vez, allá quién sabe dónde, un príncipe de ensueño, hijo de un rey de conseja. Y este príncipe, mal criado por serviles aduladores, tenía las puertas de su corazón abiertas, de par en par, y siempre, a la lisonja; y por ellas, sin él notarlo, deslizóse insidiosa la sierpe viva de la vanidad, de la soberbia y del orgullo, sabandija monstruosa de tres cabezas, que en la hinchada viscera hincó sus uñas y clavó sus dientes. Y así fué cómo el príncipe fatuo se convirtió en el hombre más altivo, más vano y más tieso de la tierra.

Sucedió, una vez, que Su Serenidad, durante una partida de caza, galopando ciego tras un rebeco herido que había tenido la osadía de no rendirse a las jaras y venablos del príncipe, alejóse tanto y tanto de su séquito, que cuando su caballo, reventado, rindióse a la muerte, no supo Su Alteza dónde se hallaba, ni en qué lugar de los dominios de su padre; ni aun si realmente de su padre eran tales dominios. Más claro. El príncipe, como Pulgarcillo, perdióse en el bosque.

Inútiles fueron sus voces de mando para llamar a sus servidores fieles; insuficientes sus gritos para romper el pesado silencio de la selva; baldíos sus silbos agudos para atravesar el corazón del monte. El eco devolvía burlón los votos y porvidas del egregio mancebo, y el cábaro, con su carita de Pierrot, saltando de rama en rama, se reía del príncipe con su carcajada cristalina.

— Bueno ¿y qué?, exclamó el cazador cazado. Acaso esta aventura me permita gozar un nuevo as-

pecto de la vida... Por de pronto, estoy solo; soy libre... ¡Nunca he gozado de semejante placer!.

Requirió el príncipe su espada, sopesó su escarcela henchida de áureas doblillas, y con el corazón plétórico de ilusiones y la mente de quimeras, comenzó a andar y voló, a bosque travieso, como pájaro que ha logrado burlar los hierros de su jaula, huyendo de las rejas de su cárcel.

¡Qué hermosa es la vida!. ¡Qué hermosa es la vida, cuando hay ensueños en la mente, juventud en el pecho, fuerza en el brazo y oro en la bolsa!. Es más azul el cielo, más verde el prado, más puro el ambiente, más amplio el horizonte. Nos besa el sol con sus vivificantes rayos de fuego y nos acaricia la luna con sus tibios haces de plata; para nosotros deslumbran las claras luces del día y para nosotros arden los lumináres de la noche; canta el ruiseñor para nosotros; y para nosotros murmura el arroyuelo, florece el campo, suspira la brisa y enciende su vívida esmeralda la luciérnaga... ¡oh, qué hermosa es la vida cuando hay ensueños en la mente, juventud en el pecho, brío en el corazón, fuerza en el brazo y oro en la escarcela!.

Alto iba el sol por el horizonte, y cada vez más lejos de su palacio y de sus gentes el príncipe; perdido caminaba y sin rumbo por intrincados laberintos, por quebrados vericuetos tan desconocidos para él como los senderos ignotos de la vida... El mozo sintió hambre... Justamente iba a almorzar, cuando los perros alzaron el maldito rebeco, desprendido de las peladas rocas de la montaña...

Siguió caminando el fracasado cazador; comenzó a clarear el bosque, inicióse una vereda, perdióse ésta en un camino y éste en una calzada, y, como creada por el deseo, una espléndida granja se alzó ante los ojos del príncipe.

Por el ancho portalón flanqueado por altas y labradas verjas de hierro forjado veíanse los amplios corrales en los que trasteaban los criados entregados a sus labores. Sesteaban, rumiando, los ganados, señores del prado húmedo; por tapias y tejados revoloteaban las palomas, vivos copos de nieve bañados por los rayos del sol; y un pavo real, como una cas-

cada de esmaltes ofrecía a la luz los zafiros y esmeraldas de su manto, tendido en la balaustrada de un estanque salpicado de nenúfares y surcado por cándidos cisnes de pico de coral y ojos de azabache.

Entróse, osado, el príncipe, puerta adelante, y con recias voces, llamó:

— ¡Ah de casa!

Acudieron presurosos los perros acometedores ladrando enfurecidos. Tras ellos presentóse un viejo criado.

— Dios guarde al caminante, dijo, y vea en qué puede servirse en esta casa honrada.

— ¿Sabéis quién soy?

— Ni es menester saberlo, señor, para cuando llamáis, acudir a contestaros.

No fué muy del agrado del príncipe la respuesta, precisamente por lo discreta y oportuna; mas, reprimiendo un vivo impulso de su soberbia, añadió:

— El príncipe Arnaldo soy, futuro monarca de estos reinos, a quien conoce y respeta todo el mundo.

— Nunca de vos oí hablar, ni más señor conozco que mi amo; acaso el sol trastornó los sentidos... Ved qué es lo que queréis, o partíos presto, que el tiempo es oro...

— ¡Vive Dios!. ¡Almorzar quiero!, galleó su alteza.

— Pues Dios vive, contestó el nuevo Pedro Crespo, que no es posada ni mesón la casa ésta; mas a nadie en ella se le niega el pan, si, con el pan, demanda trabajo el mendicante... Estas órdenes tengo... Tomad un bieldo y aventaréis el trigo... Ved cómo las briznas de paja pueblan el aire de mariposas de luz.

— Loco o necio sois por fuerza, mentecato, que osáis hablarme así. Decid a vuestro amo que ni yo trabaje jamás ni el trabajo se ha hecho para mí. Oro hay en mi escarcela para pagar con creces cuanto podáis darme. Id presto..., y no olvidéis que hay también acero en mi cinto y energía en mi brazo para tomar por la fuerza aquello que de grado se me niegue.

Entróse el anciano servidor, corral adelante, en dirección a la casa, y el orgulloso príncipe, henchido de vanidad y muerto de hambre, quedóse paseando por el patio, vigilado por los mastines de encarnizados ojos y afilados colmillos.

Volvió el criado a poco; y haciendo una profunda reverencia, rogó al caballero:

— Mis amos suplican a vuestra magnificencia que, pues lo podéis pagar, dispongáis de su casa y de los moradores de ella; que no es cuerdo entregar de balde a la Fuerza lo que en paz puede cederse al Oro. Dignaos seguirme, perdonando desde luego que os preceda.

Adelantó sus pasos el príncipe, y entonces ya los canes, hopeando zalameros, dejáronlo avanzar. Dos filas de servidores de la granja daban guardia de honor al orgulloso prócer, y a la puerta de la casa, los dueños y sus hijos, ataviados con sus mejores ropas, esperábanlo humildes.

— Pasad, señor, dijo el huésped al viajero, y mandadnos. En el comedor de gala de esta morada, que fué abadía y fué castillo, y que sólo en las grandes solemnidades se franquea, tenéis dispuesto un almuerzo digno de un emperador. Pasad y servíos.

En la suntuosa estancia colgada de viejos tapices, flanqueada por oscuros aparadores de nogal añoso en los que refulgía la plata y centelleaba el cristal; en la ancha mesa de encina tallada, cubierta por lienzo nítido adornado con valiosos encajes; sobre sutil vajilla de la China, humeaban ya los succulentos manjares. Con las espumas de los lienzos y los esmaltes de las flores alternaban las gemas preciosas de los vinos, temblando en las esbeltas redomas y en las copas finísimas, como topacios y rubies.

Ofreció el labrador al príncipe, en rico servicio de plata, aguas perfumadas para lavarse las manos, y terminado que hubo S. A., el labriego se expresó así:

— Mis blancos pavos reales y mis faisanes de oro os ofrecen su cría; mi despensa, sus más preciadas conservas; mi bodega, sus vinos más estimados... Aquí tenéis mis frutas, que han pasado a la mesa desde el invernadero; desde la estufa al búcaro estas orquídeas singulares; las más delicadas esencias perfuman estos almibares... Señor: servíos...

Sorprendido por el hallazgo de tanta riqueza y de cortesanía tanta allí donde no eran, por cierto, muy esperadas, almorzó el príncipe, no queriendo ceder un ápice de su indomable orgullo; y al levantar manteles, para pagar el opíparo ágape, presentó al huésped su escarcela, diciéndole:

— Cobraos.

Sopesóla el rico labrador y contestó guardándose:

— Con esto, señor, escasamente pagáis las flores que adornan vuestra mesa. En lucha con los tigres y las serpientes, diez hombres perdieron la vida en las selvas birmanas por lograr esta orquídea rarísima.

— Ved si este cintillo de diamantes cubre el gasto.

— Apenas pagáis con él mis rancios vinos, cada gota de los cuales vale un doblón.

— Esta cadena...
— Apenas llega con sus quilates a pagar mis reales pavipollos de plata y la cría de mis faisanes de oro...



Busto de Donatello, modelado por miss M. Buchanan

— Tomad esta patena, esta venera y este relicario.
— Con lo que no llegáis a pagar el uso de mi plata cincelada en Venecia y de mis cristales en Bohemia esmaltados...
— Decid pues, cuánto os debo...
— Nada me debéis; que no está obligado a más quien da lo que tiene. Pagado quedo, id con Dios y seguid vuestro camino...
Partióse el orgulloso príncipe y anduvo a la ven-

tura en busca de su cortejo sin hallar más compañía que la de su sombra que con él caminaba escondiéndose entre sus pies. La inmensa antorcha del sol parecía estar clavada en el cenit sin osar despegarse por la bóveda azul para comenzar la tarde, y cuando el extraviado cazador sintió de nuevo en sus entrañas los besos del hambre, como por arte de encantamiento la famosa granja dibujóse de nuevo ante él, en el horizonte.

— Esto debe de ser, dijose el príncipe, que he perdido la mañana andando en torno de esta alquería... Veamos: algo dará por mi espada guarnecida de oro, aquel avaro bodegonero.

Vendió su acero, en efecto, el caminante a un criado, y no por mucho: sino por un pedazo de pan y un trozo de queso, que, prudentemente, dividió en dos porciones: una para que le sirviese de comida, de merienda o de cena la otra, por si venían mal dadas. Por primera vez, fué el príncipe económico.

Y rodando, rodando, cayó la tarde, y el caminante consnmió sus provisiones al margen de un claro arroyuelo; y rodando, rodando, vino la noche y con ella, despierto por el violento ejercicio, un apetito devorador... Y nuevamente, como evocada por un conjuro, se alzó ante el viajero el fantasma de la granja famosa.

Esta vez, fué el amo mismo quien acudió a las llamadas del caminante augusto, a quien, reconociéndolo al punto, dijo:

— Ni mesón ni posada es la casa ésta; mas en ella a nadie se le niega el pan, si con él se pide trabajo... Necesito limpiar las cuadras; si queréis ayudar a mis mozos en tal tarea, podéis quedaros: no os faltará ni pan ni lecho...

El orgullo del príncipe se reveló por vez postrera, pretendiendo sacudir las cadenas del hambre y del cansancio; mas recordando que Hércules limpió los establos de Augía, humilló la cerviz y entró en la granja... Y no a las cuadras; sino al regío comedor fué conducido de nuevo, y ante la bien provista mesa colocado, mientras el labrador decía conmovido:

— Noble soy, señor; y criado de vuestro augusto padre. Dios os ha inducido a estas andanzas, para demostraros que la Vanidad almuerza con la Abundancia, come con la Escasez y cena con la Humillación. No lo olvidéis, señor; y perdonadme...



Odalisca, cuadro de Maximino Peña



La guerra europea. - Tropas alemanas en Neuchâtel, a la salida de los oficios divinos. (De fotografía de Hofer.)

LA GUERRA EUROPEA

En la región de Champaña se han trabado reñidos combates, como consecuencia de los cuales los franceses han realizado algunos progresos, tomando varias trincheras a los alema-

rior, se habían apoderado los alemanes; en la Alsacia, han tomado algunas posiciones; y en los Vosgos y en otros puntos del frente de batalla han rechazado los ataques del enemigo.

Los alemanes dicen haber rechazado los contraataques de los ingleses y hecho fracasar las tentativas de éstos para recuperar las posiciones perdidas; haber tomado algunas posiciones en el Argona y en los Vosgos, y haber obligado a los franceses a retirarse al Norte y al Este de Verdún.

En el teatro de la guerra oriental continúa la suerte siendo favorable a los alemanes. La lucha encarnizada sostenida durante varios días en la región de los lagos masurianos, ha terminado con la derrota del ejército moscovita, el cual ha tenido que evacuar los territorios que en la Prusia oriental ocupaba y penetrar en Rusia activamente perseguido por los germanos, quienes se han apoderado de la plaza rusa de Taurroggen. El parte del cuartel general alemán al dar cuenta de esta operación, dice que han caído en poder de los alemanes siete generales, más de 100 mil soldados, 300 cañones, innumerables ametralladoras y grandes cantidades de material de guerra, y añade que el 10.º cuerpo de ejército ruso ha quedado casi totalmente aniquilado. Los rusos no dan detalles de esta derrota y se limitan a decir que los alemanes, no habiendo podido vencerlos en Polonia, acumularon grandes fuerzas en la Prusia oriental, obligándolos con ello a retirarse a una nueva línea de posiciones fortificadas.

En Polonia, también han obtenido, al parecer, los alemanes algunos éxitos, habiendo ocu-



Soldados ingleses practicando ejercicios de boxeo en el frente de batalla
(De fotografía de Chušseau-Flaviens.)

nes. Éstos han intentado recuperar las posiciones perdidas por medio de violentos contraataques que han sido rechazados; y aun cuando las notas oficiales del cuartel general alemán dicen que ellos, a su vez, han rechazado los ataques del enemigo en aquellos lugares, la impresión que se desprende del conjunto de noticias por los dos beligerantes publicadas, es que en estas operaciones de la Champaña los franceses han llevado la mejor parte. No quiere esto decir, sin embargo, que hayan obtenido una victoria decisiva, puesto que, a pesar de todos sus esfuerzos, no han conseguido romper el frente alemán como era su propósito, según parece, y sí únicamente hacerle retroceder algunos cientos de metros y abandonar una parte de la primera línea de trincheras; pero de todos modos este resultado no deja de ser importante dada la forma en que se lucha allí actualmente.

En el resto del teatro de la guerra de Occidente, apenas ha variado la situación durante la semana últimamente transcurrida. En la región de Iprés, los ingleses perdieron unas trincheras que al día siguiente recuperaron; una escuadrilla de 40 aeroplanos ingleses, ayudada por 8 aeroplanos franceses, bombardeó las ciudades de Ostende, Middelkerke y Zeebrugge, causando algunos daños en las baterías de las dos primeras poblaciones, y en el muelle, diques y dragas de la tercera. En la Lorena, los franceses han recuperado el pueblo de Norroy, del que, según dijimos en nuestra crónica ante-



Prisioneros franceses en el campo de concentración de Zosen recogiendo el rancho. (De fotografía de Hofer.) — En el óvalo, ametralladora montada a bordo de un biplano francés para dar caza a los aeroplanos alemanes. (De fotografía de Rol.)



Una posición de la artillería alemana en una planicie cubierta de nieve, en la región de Varsovia
(De fotografía de Hofer.)

pado las poblaciones de Bielsk y Plock, derrotado a una columna rusa que avanzaba hacia Kolno y desalojado a los rusos de sus posiciones avanzadas frente a Lomza. En la Bukovina, los austriacos, después de haber pasado el río Pruth, se apoderaron de la ciudad de Kolomea y de Czernowitz, capital de aquella provincia; y en la Galizia oriental tomaron Nadworna. En los Cárpatos, dicen los austriacos haber rechazado todos los ataques de los rusos. Éstos, a su vez, afirman haber rechazado los ataques de los austroalemanes en Galizia y en los Cárpatos, así como dos salidas de la guarnición de Przemysl; esta última noticia demuestra que la situación de aquella plaza, de la cual hacía mucho tiempo que nada se decía, no debe ser tan desesperada como los partes rusos daban a suponer.

La incursión de los albaneses en Servia ha resultado un solemne fracaso, habiéndose visto aquéllos obligados a abandonar precipitadamente los territorios que habían ocupado, con pérdida de muchos hombres y de gran número de armas y municiones.

A consecuencia de un violento temporal se han perdido dos dirigibles alemanes, el L-3 y el L-4; este último aterrizó en

las costas de Dinamarca y el fuerte viento lo impulsó hacia el mar, habiendo perecido cuatro tripulantes y sido salvados once, el comandante entre ellos.

Una escuadra anglo-francesa compuesta de varios acorazados y cruceros ha bombardeado las fortificaciones situadas a la entrada de los Dardanelos. Según el parte del Almirantazgo inglés, los fuertes turcos sufrieron grandes daños y algunos de ellos fueron reducidos a silencio; en cuanto a los buques, no tuvieron ninguna avería. Según comunicado del cuartel general otomano, el bombardeo no tuvo el menor éxito y en cambio resultaron con averías tres acorazados.

El día 18 del mes pasado comenzó el bloqueo de Inglaterra por los alemanes. Noticias inglesas dicen que, a pesar de ello, el movimiento de los puertos fué el normal; noticias alemanas, por el contrario, afirman que algunas compañías navieras han suspendido sus servicios y añaden que el Almirantazgo inglés ha dispuesto que no se publiquen las pérdidas de los buques mercantes a fin de no impresionar demasiado al pueblo.



Una trinchera alemana cubierta de nieve en las inmediaciones de Varsovia. (De fotografía de Hofer.) – Soldado alemán de la *landsturm* de servicio en Polonia en uniforme de invierno. (De fotografía de Argus.)



MASCARITA, cuadro de L. A. Schmutzler

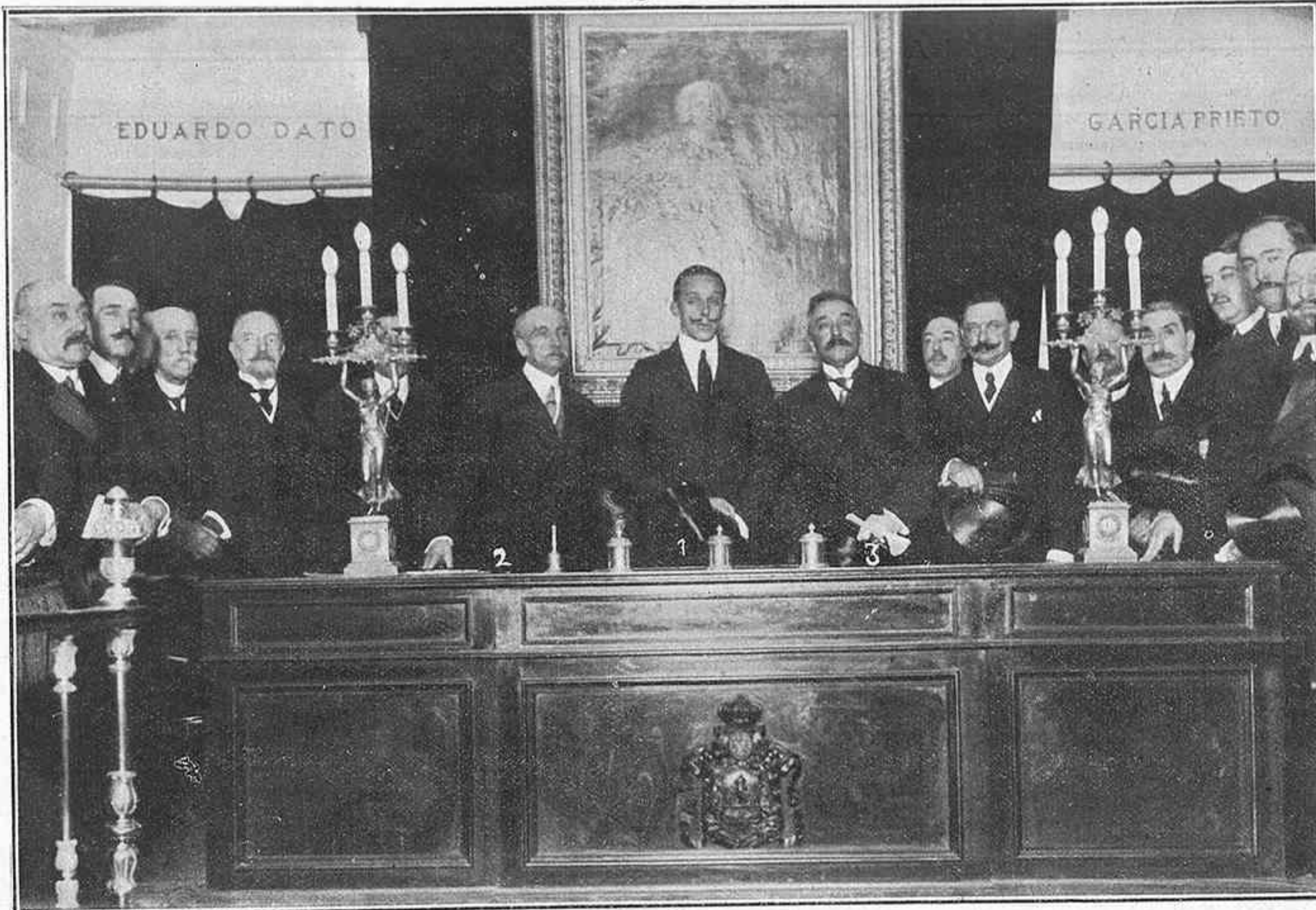
(Reproducción autorizada per la Unión Fotográfica de Múnich.)



PREPARANDO EL CEBO, cuadro de Dionisio Baixeras



PESCADOR DE CAÑA, cuadro de Dionisio Baixeras. (De fotografías de F. Serra.)



Madrid.-S. M. el Rey D. Alfonso XIII en la Academia de Jurisprudencia presidiendo el reparto de premios a los alumnos del Centro Instructivo del Obrero. - 1. S. M. el Rey. - 2. Excmo. Sr. D. Eduardo Dato, presidente del Consejo de Ministros. - 3. Sr. Alcalá Zamora. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

MADRID. - EN LA REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA

Recientemente se ha efectuado en la Real Academia de Jurisprudencia el reparto de premios a los alumnos del Centro Instructivo del Obrero, habiendo presidido el acto S. M. el Rey D. Alfonso XIII, a quien acompañaron en la mesa presidencial el Sr. Dato, el Sr. Alcalá Zamora, presidente de la Junta directiva del Centro, y los demás individuos de ésta.

Después de leído por el director de Estudios una breve memoria, procedióse al reparto de los premios, y seguidamente el Sr. Alcalá Zamora pronunció un elocuente discurso agradeciendo al monarca y al jefe del Gobierno su asistencia al

haber cursado en el colegio del Uruguay y en la Universidad de Buenos Aires, obtuvo el título de doctor en Jurisprudencia y fué auxiliar del Dr. Vélez Sarsfield en la redacción del Código civil, habiendo, además, formado parte de las comisiones encargadas de la redacción de códigos. En 1875 fué nombrado procurador del tesoro; en 1876 ministro de Hacienda con el presidente Avellaneda; en 1878 ejerció el cargo de interventor nacional en la provincia de Corrientes; fué diputado desde 1882 a 1885; y durante la presidencia del general Roca desempeñó las carteras de Relaciones exteriores y de Hacienda. También ocupó puestos importantes durante las presidencias de Juárez Celman y Sanz Peña. En 1908 volvió a desempeñar la cartera de Relaciones exteriores y en 1910 fué elegido vicepresidente de la República.

Como publicista y orador ha conseguido legítima notoriedad con sus obras y discursos sobre hacienda, educación y política.

EL EXMINISTRO BELGA SR. COOREMAN EN MADRID

Encuétrase actualmente en Madrid el exministro y consejero de Estado belga Sr. Cooreman, a quien acompaña el canónigo y camarero secreto de Su Santidad Cartón de Wiart, hermano del ministro de Justicia de Bélgica. El objeto del viaje del Sr. Cooreman es expresar a S. M. el Rey D. Alfonso XIII, al Gobierno y al pueblo español la gratitud de Bélgica por los servicios que España ha prestado a dicha nación desde que comenzó la guerra.

El Sr. Cooreman goza de gran prestigio en su país, es uno de los jefes del partido católico flamenco, y por su austeridad y su conducta ha conseguido el respeto unánime de sus conciudadanos sin distinción de ideas ni de partidos políticos. En una *interview* que ha celebrado con un redactor del importante diario *A B C*, ha hecho interesantes declaraciones, explicando el verdadero alcance de su misión, que es únicamente

te el que dejamos expuesto, dedicando grandes elogios a los representantes diplomáticos de España en Bruselas, en Berna y en Berlín, por la solicitud con que han atendido a aprovisionamientos, cuidado de heridos y prisioneros, expresando la gratitud de su país por la suscripción abierta en España para socorrer a los ciudadanos belgas, y justificando la actitud adoptada por Bélgica ante la invasión alemana. Interrogado sobre el monumento a Ferrer, el Sr. Cooreman dijo que desvanecido el concepto erróneo que del asunto se formó en Bélgica en el primer momento, por ignorancia de unos y apasionamiento de otros, habían acabado por imponerse la serenidad y la reflexión, y afirmó que en la actualidad muchos políticos belgas que militan en los partidos avanzados están satisfechos con la demolición del monumento, por haber quedado así zanjada una cuestión enojosa que afectaba directamente a un país amigo.



El exministro y consejero de Estado de Bélgica Sr. Cooreman, que actualmente se encuentra en Madrid, adonde ha ido para dar las gracias a S. M. el Rey y al Gobierno por las atenciones que han tenido con la nación belga. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

BARCELONA. - ESTRENO DE «LA ENEMIGA.»

Con excelente éxito se ha estrenado en el Teatro Romea el drama en tres actos *La enemiga*, original del distinguido escritor argentino Sr. Iglesias Paz. La acción de la obra se basa en los estragos que en muchas familias causa la vanidad de las mujeres que atraídas por la vida de lujo y de placeres descuidan los deberes de su hogar. Esta vanidad es la *enemiga* y por ella deja arrastrarse la protagonista de este drama; pero al fin domina en ésta sobre todos los demás sentimientos el de la maternidad y acaba por renunciar a su fastuosa existencia para consagrarse por entero a su hijo y a su esposo.

La acción se desenvuelve con naturalidad, y el ambiente porteño en que se desarrolla está admirablemente reproducido. El lenguaje es sencillo en general, habiendo el autor procurado huir de todo efectismo; los tipos están bien observados y las escenas finales de los actos cautivan por su novedad.

En la ejecución sobresalen la señora Plana y el Sr. Llano, a quienes secundan muy acertadamente la señorita Roxeala y los Sres. Díaz y Hernández. La obra ha sido puesta en escena con gran gusto y propiedad irreprochable, habiéndose estrenado en ella bonitas decoraciones de Mignón.



D. Victorino de la Plaza, actual presidente de la República Argentina. (De fotografía.)

acto, y haciendo la historia de la fundación y de la labor realizada por el Centro Instructivo del Obrero.

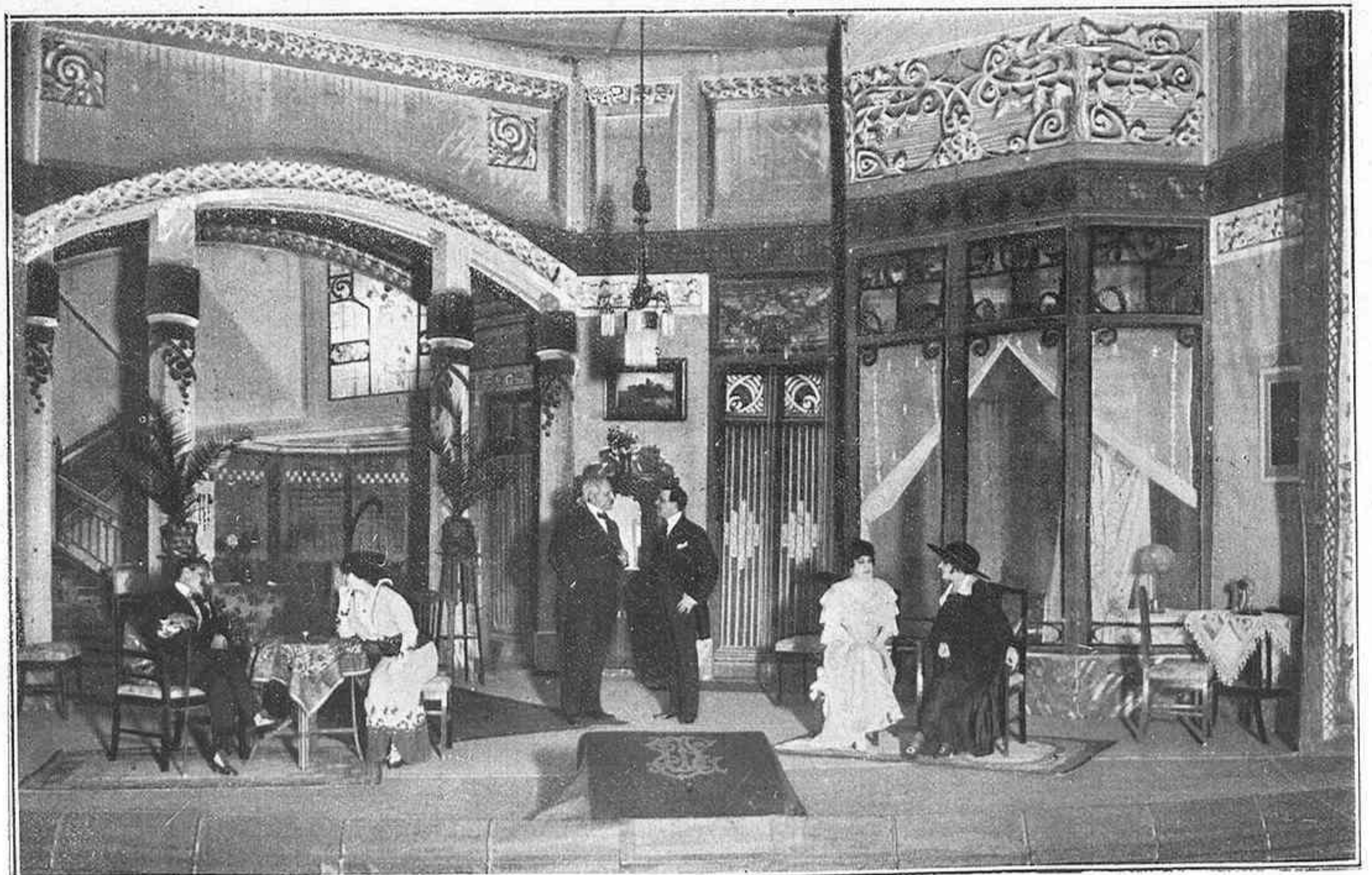
A continuación dió S. M. lectura a un discurso en el que, después de elogiar al Centro y de felicitar al presidente, profesores, alumnos y socios del mismo, ofreció el concurso de su Gobierno, aludió a las leyes que se han promulgado en beneficio de las clases trabajadoras, que son las más necesitadas de la acción tutelar y protectora del Poder público, y terminó expresando la extrema simpatía que en su ánimo promueve cuanto se refiere a los interesantes temas que tienen por fundamento inmovible la fe en la virtud del trabajo, por instrumento de acción la solidaridad social y por resultado el engrandecimiento de la patria.

El discurso del monarca fué acogido con una estruendosa salva de aplausos.

D. VICTORINO DE LA PLAZA

Por defunción del Presidente Sr. Sáenz Peña, pasó a ocupar la Presidencia de la República Argentina el vicepresidente Dr. Victorino de la Plaza.

Nació éste en 1841 en la provincia de Salta y después de



Barcelona. - Escena final del drama *La enemiga*, original del escritor argentino Sr. Iglesias Paz, estrenado con gran éxito en el Teatro Romea. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



La narradora miraba a Mariana de reojo; ésta no pestañeó

Dournof se puso colorado. Durante la reunión que acababa de verificarse, entregado a la alegría de su nueva situación, no se había acordado una sola vez de Antonina. Sin embargo, ¿no era ella la que le había inspirado la fuerza y el valor?

Durmió poco, y, al día siguiente, después de haber tomado un coche para todo el día, corrió a casa de un jardinero a encargar una magnífica corona blanca.

Una hora después la corona embalsamaba su despacho; a pesar de la estación rigurosa, se habían encontrado rosas, camelias, jacintos, tuberosas y lilas, todo de una blancura inmaculada. Dournof contempló algunos instantes su ofrenda, y su alegría ambi-

ciosa desapareció de pronto anegada en una profunda pena.

¡Qué feliz hubiera sido, en efecto, la noble joven que había consentido en llevar su nombre! ¡Qué pura y desinteresada embriaguez hubiera henchido su alma! ¡Con qué dignidad hubiera compartido su fortuna!...

Dournof permaneció silencioso y absorbido al extremo de que no oyó a la Niania, que había entrado muy quedo y se le acercó.

— ¡Pobre criatura!, dijo la vieja en voz tan baja que su amo no la oyó bien; ¡es su corona de boda!

Se inclinó y besó piadosamente un ramito de flores de azahar, oculto en la verdura.

Dournof movió tristemente la cabeza y bajó, llevando él mismo la corona fúnebre que no quiso confiar a nadie.

En el momento en que iba a subir al coche, un trineo dobló la esquina de la calle; en un marco de plumón de cisne, sonrosada bajo el frío picante, un bonito rostro de muchacha sonreía al lado del ministro; éste saludó a Dournof al pasar, y el joven reconoció a la señorita Mariana, la hija de su protector que había entrevisto la víspera en la reunión de su padre, en traje blanco descotado.

El trineo pasó; Dournof logró meter su enorme corona en el coche, y poco después, las casas del viejo Peterburgo, medio sepultadas en la nieve, em-

pezaron a desfilar delante de él, a lo largo de la carretera de Finlandia.

La nieve cubría la tumba de Antonina: el jardinero perezoso no había cumplido con su deber. Dournof pidió una pala, y, con el sudor de su frente, limpió el bloque de granito.

Terminada esta operación, colocó sobre la cruz su frágil ofrenda que el viento glacial había de aniquilar pronto, y se detuvo a contemplar el monumento funerario.

Menos de tres años antes, había visto depositar allí todo lo que él amaba; inclinado sobre el borde de aquella tumba, había pensado que la vida no tenía ya razón de ser para él, y había esperado morir... Sin embargo, había vivido... ¡Y qué abismo separaba al pobre diablo, rechazado por una mediocre familia de pequeña nobleza, del presidente hoy respetado por todos! Tres años habían bastado para realizar aquella obra...

Dournof pensó que sin la obstinación de la señora Karzof, ahora hubiera podido pedir la mano de Antonina; que lejos de rechazarlo, la familia hubiera considerado su petición como un honor, y se compadeció de la vanidad humana.

Luego cruzó otra idea por su mente. Ahora, cualquier familia aceptaría su petición: el universo estaba abierto delante de él.

«Te casarás, había dicho Antonina.»

Esta idea, que entonces no había podido admitir, se presentaba a su espíritu bajo una nueva apariencia. Necesitaría una mujer, en efecto; pero no ahora, lo más tarde posible. Si se casaba, sería para fundar una familia, para criar y educar hijos.

«¡Ah, mi querida Antonina!, suspiró besando el granito glacial; será un cruel sacrificio, pues nunca podré amar a ninguna mujer más que a ti.

Regresó pensativo a la ciudad, adonde llegó a cosa de las cuatro.

Atardecía; el animado movimiento de la población que precede la hora de la comida, el brillo de las luces, todo ese alegre bullicio de una capital lujosa y amiga de los placeres dieron otro curso a sus ideas.

La vida mundana se había apoderado de él. El pobre estudiante sin fortuna y sin porvenir podía descuidar las apariencias; el presidente Dournof no debía descuidarlas.

Regresó a su casa y comió; había sentido frío; para calentarse, se puso una corbata blanca y se fué a la Ópera.

Afortunadamente no cantaban *Lucía*, pues fúnebres recuerdos le hubiesen hecho volver al pasado. Una excelente compañía daba el *Don Pasquale*. Los entreactos son largos, porque la ópera es corta, y no es decoroso despedir al público antes de las diez y media.

Durante el entreacto, Dournof paseaba sus gemelos por la sala: vió en un palco al ministro de la Justicia, y le dirigió un saludo respetuoso que le fué devuelto, con un pequeño gesto de invitación.

Abandonando en seguida su puesto, el joven se dirigió hacia el palco y entró.

No era el único que había ido a presentar sus respetos a Su Excelencia, pero, a pesar de ser el más joven así en edad como en grado, fué particularmente distinguido por su protector.

— Y bien, Sr. Dournof, vamos a ver llegar su corona, dijo el ministro en tono de benevolencia. Bien que debe estar aquí...

— Dispense Vucencia, contestó Dournof sorprendido, no comprendo... ¿Qué corona?

— La que con tanta dificultad llevaba usted en coche esta mañana, repuso el Sr. Merof; al verle aquí esta noche, pensé que la ofrenda estaba destinada a la Patti.

La hermosa Mariana, sentada en la parte delantera del palco, cesó de pasar revista a la concurrencia con los gemelos para mirar con interés al joven presidente. El hombre que ofrece una corona de quiniellos francos a una artista es siempre un hombre interesante.

Dournof palideció e hizo un imperceptible movimiento hacia atrás.

— Que Vucencia dispense, replicó él a media voz: llevé esa corona al cementerio de Pargolovo, y la deposité sobre la tumba de mi prometida, que murió hace tres años.

Esta contestación había sido hecha en voz muy baja; sólo el ministro hubiera debido oírlo; sin embargo había llegado, contra todas las reglas de la acústica, a oídos de Mariana, la cual, indicando una silla vacante a su lado, dijo al joven presidente:

— Siéntese usted, Sr. Dournof.

El ministro, que era un hombre excelente, se excusó con mucha amabilidad: tampoco él había nacido en las gradas del trono.

De origen tan modesto como Dournof, había debido a sus facultades extraordinarias la alta posición, que acabó por conquistar, pero menos afortunado al principio, había llegado al pináculo a una edad relativamente avanzada; ello no quitaba nada a su mérito; pero le faltaba ese tacto de la gente de mundo, acostumbrada a maniobrar en medio de los escollos, y que no hubiera cometido la inadvertencia que él acababa de cometer.

Procuró atenuarla con todos sus esfuerzos, y como Dournof tenía el alma buena, puso empeño en no mostrarse mortificado. Esta pequeña escena acabó por una invitación a comer para el lunes siguiente, que el joven aceptó con gusto; después de lo cual salió del teatro.

El binóculo de Mariana le buscó en vano durante el tercer acto.

XIX

— ¡Imagínate, amiga mía, un hombre capaz de llevar flores a la tumba de una novia muerta hace tres años! ¡Una novela!, mejor dicho, ¡un sueño! Esas cosas no pasan en el mundo de la realidad.

— Tienes razón, Mariana; esas cosas no pasan, contestó la juiciosa Vera; así que no creo ni una palabra de esa historia.

— ¿Entonces, ¿qué haría de aquellas flores?

Vera hizo una mueca significativa y dijo:

— ¿Hay nada más fácil de colocar que las flores? No faltan en Petersburgo señoras de toda especie, dispuestas a aceptarlas.

— Un ramo, sí. ¡Pero una corona, y una corona blanca!

— El caso es, repuso Vera, que una corona blanca no puede ofrecerse sino a una persona adorada en secreto y encubrada sobre un alto pedestal, más alto que la columna de Alejandro.

— Vamos, Vera, no te burles; es una picardía, cuando ves que la cosa me interesa...

— ¡Oh!, si el Sr. Dournof te interesa, me callo; puedes estar segura de que no diré una palabra más.

— Me interesa... Pues bien, sí, me interesa... Es natural; esa fidelidad de perro del Louvre me interesa, lo confieso. Creía que esas cosas sólo pasaban en las novelas.

— ¡Bah!, dijo Vera, eso es de buen efecto, da importancia a un hombre.

— ¡Quita, mujer!

Escandalizada, Mariana, se levantó y dió dos vueltas al cuarto, lugar de esta íntima conversación.

— La prueba de que eso da importancia a un hombre, está en que tú te ocupas ya en ese caballero, a quien, sin esa circunstancia, no hubieras mirado. ¿Es guapo mozo, al menos?

— No lo sé, dijo Mariana algo enojada.

— ¿Se le puede ver?

— Viene a comer esta noche.

— ¡Bravo! Entonces vendré a tomar el te. Tengo ganas de ver en carne y hueso a ese hombre fiel a su recuerdo que data de tres años. ¿Cómo se llamaba esa joven?

— No sé... Quiero saberlo, dijo de pronto Mariana con resolución.

— Yo también quiero saberlo, tanto más cuanto que no lo creo. Pero lo sabré, tenlo por seguro.

— ¿Cómo?

— Tenemos en la cancillería un viejo ujier que lo sabe todo; dándole el nombre del caballero, le haremos averiguar todo lo que nos convenga saber.

La señorita Vera, que era hija del auxiliar del ministro, cargo oficial desconocido en Francia y en España, pero muy codiciado en Rusia, pues da mucho poder con poca responsabilidad, permitiendo desplegar las capacidades que el funcionario posea, la señorita Vera se fué, recomendando a su amiga que se pusiese muy elegante.

Mariana la despidió con una mueca, y, una vez sola, dió algunos pasos con aire de enojo; después sentóse ante el espejo, y, llamando a su camarera, empezó a ponerse muy elegante.

Mariana era una hermosa rubia de diecisiete años; su tez nacarada, sus ojos semejantes a flores de lino, su estatura elegante y graciosa le hubiesen dado cierto parecido con una bonita muñeca inglesa, sin la extraordinaria vivacidad de sus miradas y la petulancia de sus movimientos. Su madre la había bautizado «Perpétuum móbile», y no sin razón.

La hija de un ministro se halla siempre rodeada de adoradores, aunque sea horriblemente fea y tonta; pero, simple mortal, Mariana hubiera sido festejada por su gracia, por su travesura, por su buen humor variable, por sus enojos coquetones, por sus cualidades y por sus defectos. Muchos jóvenes y muchos exjóvenes aspiraban abiertamente a la conquista

de su adorable manecita caprichosa y regordeta. Mariana los tenía a todos a igual distancia.

Cuando decimos igual distancia, empleamos una metáfora; la distancia entre ellos era sumamente desigual, pero la muchacha llegaba a establecer siempre un equilibrio perfecto, recibiendo hoy friamente al mimado de la víspera; y, en cambio, el preferido del día, estaba seguro de ser mal recibido el día siguiente. Así entendía y practicaba Mariana la equidad.

Revolviendo armarios y cómodas en busca de un atavío a su gusto, la muchacha hacía reflexiones extraordinariamente serias, para ella al menos, y el objeto de sus pensamientos era Dournof.

Una fidelidad de tres años a una novia muerta, era cosa nunca vista en la vida real; pero el héroe de aquella leyenda inverosímil existía en persona; ella le había visto e iba a volverle a ver. ¡Qué aventura!

Mariana imaginó en seguida una novela y se representó la historia de dos amantes. Dournof había visto a Antonina en una fiesta y se había enamorado de ella; había solicitado y obtenido su mano; después, en vísperas de la boda, una enfermedad fulminante, quizás un accidente, había arrebatado a la novia ya ataviada con su velo nupcial, y el novio inconsolable había consagrado todas sus ternuras al recuerdo de su felicidad perdida...

«La mujer a quien él ame, pensó la joven, estará segura de ser bien amada.»

Otra reflexión siguió naturalmente a la anterior:

«No será fácil luchar contra un recuerdo consagrado a semejanse culto.»

Y siguió una tercera reflexión tan justa y no menos lógica que las dos precedentes:

«¡Qué triunfo sería suplantar tal recuerdo, conquistar el puesto de esa sombra adorada, hacer olvidar a la muerta!»

Otro pensamiento, menos claramente formulado, terminó la serie:

«¿Sería eso muy difícil?»

Incontestablemente era muy difícil. Por esto Mariana cesó de registrar cajones, para meter ambas manos en la espesa cabellera dorada que ondulaba sobre su frente. Levantó al cabo de un instante su cabeza desgredada, y aplicóse en el acto a componerse un peinado de niña cándida que le salió muy bien. Su plan estaba formado.

Durante la comida, presidida moralmente por la señora Merof y virtualmente por su hija, Dournof tuvo puesta casi toda su atención en los hombres eminentes invitados aquel día. Era para él una cosa demasiado nueva y demasiado importante, el entrar así en relación con personajes ilustres que sólo había conocido de nombre: casi no dejó errar sus ojos y su espíritu más que sobre lo que tanto le interesaba.

Pero cuando, ya terminada la comida, los convidados se habían dispersado por los salones, el joven presidente, un poco fatigado por la tensión extraordinaria que acababa de sufrir, se abandonó a la perezosa dulzura de verse admitido sin la menor dificultad en aquella esfera de eminencias oficiales, de la cual ya no se sale nunca, cuando se ha llegado a formar parte de ella.

Admiró los cuadros, el mobiliario de exquisito gusto, el traje elegante de algunas mujeres, amigas de la señora Merof, y puso por fin los ojos con placer en la señorita Mariana, que se había sentado en frente de él, a cierta distancia.

Ella casi le volvía las espaldas, pero le veía en un espejo; él no podía verla más que cuando volvía el rostro. Pero, casualmente, a cada instante tenía ocasión de volver hacia la parte del joven su rostro encantador y su busto esbelto. Los cabellos rebeldes ondeaban sobre la pura frente de la muchacha; el vestido escotado caía de los hombros con una gracia angélica; hubiérase dicho un alma desprendiéndose de su envoltorio terrestre; ninguna joya, una simple cruz de oro pendiente de una cadena imperceptible; nada de cintas, muselina blanca sobre seda blanca: una nube.

«La hija del ministro es una hermosa criatura», se dijo Dournof, y no pensó más en ella.

Pero al cabo de un rato, volvió otra vez los ojos hacia el objeto que los atraía naturalmente.

«Parece una criatura encantadora», se dijo además.

Como si Mariana hubiese adivinado su pensamiento, ésta se levantó despacio: su petulancia ordinaria se había moderado mucho aquel día; y fué a posarse como un pájaro cerca de Dournof, en una actitud doliente que la hacía adorable.

— ¿Nos excusará usted, caballero?, le dijo en voz clara, llena de ternura y de humildad.

— Dispense usted..., no comprendo...; no creo, señorita, tener nada que excusar...

— ¡Oh!, ¡sí!, repuso la joven; mi padre y yo, le causamos a usted pena, la otra noche, en el teatro..., bien lo vi... ¡Si usted supiese cómo lo sentí!... Si yo hubiese sabido, caballero, crea que... Semejantes recuerdos son sagrados, hasta para los indiferentes... y... espero que vió usted en nuestras bromas un aturdimiento...

Dournof había empezado por fruncir el ceño; aquella alusión a sus sentimientos más íntimos le había producido el efecto de un pinchazo; pero la muchacha se embrollaba tan graciosamente en sus frases, ponía tanta ingenuidad en sus candidas excusas, y, en fin, la palabra aturdimiento era tan cómica aplicada al ministro Merof, que él no pudo menos de sonreírse.

— No vale la pena de hablar de eso, dijo en tono de amabilidad suma.

No era ésa la cuenta que se había echado Mariana, quien, por el contrario, esperaba «hablar de ello». Así es que volvió a la carga con un rodeo.

— ¿Dónde había encontrado usted aquellas magníficas flores?, preguntó.

Dournof nombró al jardinero.

— ¿Supongo que llegarían frescas todavía? ¿Iba usted lejos?

— A Pargolovo, contestó Dournof, no sin un movimiento interior parecido a la vergüenza. ¡Hablar de la tumba de Antonina en aquel salón brillantemente iluminado, con una muchacha en traje de baile, que la víspera le era desconocida!... Pero, desde hacía algún tiempo, todo era singular en torno suyo.

— ¡Tan lejos, y con el frío que hacía!... Eso le honra a usted mucho, caballero.

No sabiendo qué contestar, Dournof miró a su interlocutora; ésta, a su vez, le dirigió una mirada llena de deferencia, de admiración, de una tierna piedad, una de esas miradas con que una mujer declara que encuentra muy superior al hombre que le habla.

Lo cual produjo, si no emoción, profunda gratitud en Dournof. ¡La sociedad le había mimado tan poco hasta entonces!

«Es una buena muchacha, pensó; y verdaderamente es muy bonita. ¡Qué candidez!»

Pues bien, sí; Mariana era cándida. Representaba de buena fe la pequeña comedia. Experimentaba realmente una tierna compasión por aquel joven tan cruelmente herido en su corazón.

Ante todo, ella quería saber su historia, y no se había preguntado qué haría cuando la supiese; pero estaba en aquel momento dispuesta a sufrirlo todo para conocerla, hasta las reconvenciones de su madre, que la reñiría sin duda por haber hablado tanto tiempo con un hombre a quien apenas conocía.

— ¡Feliz usted, caballero!, dijo Mariana exhalando un suspiro.

Dournof la miró con sorpresa; no se sabía en el seno de una felicidad que pudiese causar envidia a una joven rica y perteneciente a la alta sociedad.

— ¿Por qué?, preguntó atónito.

Mariana se levantó sin contestar y desapareció.

Dournof se preguntó durante medio minuto qué quería decir aquello y reconoció que no lo averiguaría por sí solo. Aquella palabra en el aire, lanzada por Mariana, como quien lanza un escudo a cara o cruz, recayó sobre su imaginación, impresionándola.

«¿Por qué soy yo feliz?», se preguntó otra vez por la noche, cuando, de regreso en su casa, recapituló los acontecimientos del día. Y esta pregunta, irritante porque era un enigma, presentóse más de una vez a su espíritu durante los días que siguieron.

Por su parte, Mariana se decía desviándose delante de un espejo:

«¡Me parece que no sería tan difícil!»

XX

Dos días después, por la mañana, la señorita Merof apenas se había sentado al piano, que bajo sus delicadas manos sufría diariamente algunas horas de tormento, cuando su amiga Vera entró con aire triunfante.

Después de haber cambiado numerosas caricias mezcladas con amistosas impertinencias, las dos muchachas se sentaron en un confidente, lejos de las puertas y por consiguiente de los oídos indiscretos.

— ¡Lo sé todo!, murmuró Vera al oído de su amiga.

— ¿Todo, qué?, preguntó Mariana con el aire más inocente del mundo.

Vera agitó negativamente un dedo delante de su pequeña nariz sonrosada, un poco roma. Gesto irónico que significaba:

— ¡Yo no me mamo el dedo!

Mariana bajó los ojos, se echó a reír, y tirando de

su compañera por la cadena de reloj que colgaba sobre su vestido, le dijo con aire sumiso:

— Dime lo que sabes.

Vera, orgullosa de sus ventajas, adoptó una fisonomía de bardo osiánico.

— Somos, dijo ella, de una familia obscura, pero honrada. Amamos dos años...

— ¡Dos años!, interrumpió Mariana alzando los ojos hacia el cielo. ¡Conque hay personas capaces de amar durante dos años!

— Dos años, prosiguió Vera sin desconcertarse; una muchacha de la nobleza media.

— ¿Su nombre?

— La señorita Karzof.

— Eso no me importa; lo que yo quiero saber es su nombre de pila.

— Lo ignoro, confesó Vera, no sin confusión. Mi viejo escribiente no lo preguntó.

Mariana hizo un gesto de contrariedad. Vera, sin hacer caso de tal gesto, prosiguió:

— Los padres de la señorita Karzof querían un yerno rico y con grado, y negaron la mano de su hija a aquel... a aquel guapo mozo...

La narradora miraba a Mariana de reojo; ésta no pestañeó.

— Y la joven señorita, que parece que estaba locamente enamorada de ese caballero, hizo de intento lo más a propósito para coger una tisis galopante.

— ¡Oh!, ¡Dios mío!, exclamó Mariana estremeciéndose. ¿Y murió?

— Murió a los tres meses; los padres habían consentido en el matrimonio, naturalmente, cuando ya era demasiado tarde.

Mariana, desalentada, había dejado caer sus manos sobre sus rodillas.

— ¡Pero eso es una novela! ¡Es imposible! ¡Esas cosas no pasan en la vida real!

— ¡Sin embargo, eso pasó!, hizo observar Vera.

— ¡Cómo debe amarla! ¡Ah!, ¡cómo va a ser difícil!

— ¿Qué?

Mariana meneó la cabeza y no contestó.

— ¿Supongo que no vas a divertirte en tentar a ese pobre viudo?, dijo Vera.

— ¿Por qué no?

La joven entusiasta pronunció con energía estas palabras, que abrían las hostilidades.

— ¿Por qué no?, repuso. Ese pobre viudo que no llegó a casarse no ha conocido más que las amarguras de la existencia: ¿no sería una tarea noble y útil el hacerle apreciar las dulzuras de la vida?

— ¡Cómo! ¿Te casarías con él?

— ¡Naturalmente!, contestó Mariana, ardiendo en caridad, y quizá también en coquetería.

Vera calló, y miró al suelo, pensativa.

— Tus padres no consentirían, dijo al fin.

Mariana se encogió de hombros.

— El ejemplo de la primera..., de la señorita Karzof, servirá de algo, dijo a media voz.

— ¿Y si él no te quiere? ¿Si el recuerdo de la novia puede más que tú?

La hija del ministro se encogió de hombros por segunda vez, y se miró en el espejo que tenía delante. Su imagen deliciosa le devolvió la orgullosa sonrisa que iluminaba su rostro.

— ¡Bah!, dijo Vera levantándose. Dentro de dos días ya no pensarás en tal cosa.

— Escucha bien lo que te digo, replicó Mariana; dentro de seis semanas estaré enamorada de mí.

— ¡Imposible! La señorita Karzof era una persona seria, un poco exaltada... Sea dicho sin ofenderte, tú eres todo lo contrario... ¡Cómo puedes creer!»

La contradicción excitaba en grado sumo el espíritu voluntarioso y frívolo de Mariana. Ésta hizo un gesto de cólera.

— Dentro de seis meses, afirmó, seré la esposa de Dournof.

Vera se echó a reír y dijo:

— Dentro de seis meses, o me casaré con el viejo general Bum.

Este general Bum, cuyo verdadero nombre era Antropof, solterón incurable, privado de un brazo y de una oreja por una granada, era una especie de espantajo para los niños de cinco a siete años.

Las dos amigas, de acuerdo para reír, ratificaron con mil locuras aquella solemne declaración, y el piano no trabajó en todo el día.

Dournof era llamado a menudo por sus deberes a casa del ministro que le había cobrado afecto; la buena señora Merof, que había sabido la triste historia de su primer amor, le acogía con franca amistad. De todas las familias que él frecuentaba, la del ministro era la más cordial y hospitalaria: iba a muchas de sus reuniones, y sucedió que, la víspera de Reyes, formaba parte de una alegre banda de jóve-

nes de ambos sexos, invitados a sacar allí los pronósticos del año nuevo.

La señora Merof había recogido todos los recuerdos de la juventud, y los de una vieja ama de llaves alemana, para poder consultar nuevos horóscopos, de modo que se había reunido una rica galería de supersticiones. Había de todo: plomo derretido, cáscaras de nuez, el gran alfabeto colgado de la pared y en el cual, por medio de un bastón, se buscan las iniciales amadas, con los ojos vendados; las manzanas rojas y amarillas cuya peladura forma una letra mayúscula cuando se la deja caer detrás del hombro izquierdo, estos y otros mil recursos se ofrecían a la juvenil curiosidad de los convidados.

Toda la sociedad se reunió temprano: aquella noche debían debatirse muchos intereses ocultos; más de un enamorado tímido esperaba, para hacer su declaración, que la suerte, hábilmente consultada, le permitiese suponer que sus palabras serían favorablemente acogidas. ¡Es tan fácil ayudar un poco al destino indeciso! Se procura ver por debajo de la venda a fin de no equivocarse de mayúscula, se empuja la cáscara de nuez, se desfigura una letra mal formada por la peladura de manzana... Y el destino, lejos de irritarse, se muestra más clemente con los jóvenes que lo consultan.

Empezaron por bailar algunos rigodones: pero el baile no era el gran negocio de la reunión; todo el mundo esperaba con impaciencia la hora de consultar la suerte.

A las once, bajo los auspicios de la señora Merof, trajeron una inmensa vasija de plata, de cerca de un metro de diámetro, llena de agua. Acompañábala una cesta llena de cáscaras de nueces doradas. La mitad de las cáscaras sostenían una candelita de cera color de rosa, y la otra mitad candelitas de cera azul. Éstas representaban a los caballeros y las otras eran para las señoras.

Cada cual eligió una cáscara, inscribió su nombre con lápiz en un pedacito de papel que colocaban arrollado en el fondo, y lanzaron luego la flotilla en la vasija, no sin haber encendido las candelas. La señora Merof, con un bastón de marfil, meneó por tres veces el agua de la vasija, y las débiles embarcaciones se balancearon sobre las agitadas ondas.

Era curioso el espectáculo que ofrecían todas aquellas juveniles cabezas inclinadas sobre la vasija: había una docena de muchachas y otros tantos jóvenes. Como madre prudente, la señora Merof había escogido cuidadosamente a estos últimos; todos, sin excepción alguna, eran irreprochables.

Estos juegos acaban con demasiada frecuencia en matrimonios para que la mayor prudencia no sea necesaria. Pero la relativa libertad que la educación rusa deja a las muchachas autorizaba esta clase de diversión, que, bajo la vista de una madre inteligente, no podía ser peligrosa.

Las cabezas morenas o rubias, iluminadas por debajo por el resplandor de las candelitas, seguían atentamente las menores oscilaciones de las cáscaras doradas que habían de acabar por abordarse entre sí. Como cada uno seguía la suya con la vista desde la grande operación de la botadura, tratábase de saber si la casualidad reuniría indiferentes o amigos.

Cada vez que una cáscara de candela azul abordaba una cáscara de candela color de rosa, estallaban risas, gritos y alegres exclamaciones.

La señora Merof había cuidado de añadir a la flotilla que representaba a los presentes, otra escuadra de cáscaras plateadas que llevaban los nombres de héroes y heroínas famosos en la historia y en la leyenda. Así, las alusiones demasiado directas se hallaban mitigadas.

Aun reían más cuando se abordaban dos embarcaciones de un mismo color; pero al cabo de algunos minutos, Mariana declaró que «aquello no era serio». Con mano hábil volvió a pescar a los héroes de sus compañeras, y no dejó subsistir más que las embarcaciones serias.

El juego volvió a empezar y la asamblea redobló su atención.

Dos o tres veces, el azar vino a dar razón a algunas pequeñas habladerías que, durante el invierno, habían circulado de oído en oído. La barca de un joven abanderado se dirigía con tanta obstinación hacia la de una prima de Mariana, que ambos, que se habían puesto encarnados como amopolas, no pudieron substraerse a las chanzas de la concurrencia.

Hasta entonces, Mariana había visto su esquife vagar solitario. Una vez retiradas las barcas que se habían abordado y cuando el espacio ensanchado dió más juego a las esperanzas supersticiosas, ella apoyó sus manos en el borde de la vasija, y observó la maniobra con ojo atento.

(Se continúa.)

RINCONES DE ESPAÑA. - JACA, SUS JOYAS Y COSTUMBRES

I

En la vertiente pirenaica está situada la pintoresca ciudad de Jaca, en un extenso valle que cierra el monte Oruel al Sud y los Pirineos al Norte. Domina la villa el fuerte de Rapitán y la rodean a modo de foso el río Aragón que baja de los Pirineos y el río Gas que, tributario del primero, muere en él a los pocos kilómetros. Hermosos prados, frondas y huertos lozanos forman los alrededores de la ciudad, que a la fertilidad de su comarca y a la belleza del paisaje une en la época estival temperatura primaveral que hacen de ella un delicioso sitio de veraneo. La ciudad se agrupa dentro de un reducido círculo de métrica regularidad. Sus calles limpias y alegres, sus casas de sillería generalmente bajas, muchas de señorial aspecto, le dan un tinte bien diferente al que se figura encontrar el turista después de haber repasado la historia. De la capital del antiguo reino pirenaico-aragonés, de la capital en la época romana de la Jacetania, región poblada por los rústicos y valerosos celtas, pirenaicos, transformada más tarde bajo el nombre de Chakat en ciudad árabe, de cuya dominación fué librada por el conde Aznar, poco queda en su aspecto general.

Dentro sus muros se dieron los primeros votos para erigir rey a Ramiro el Monje, se celebraron fiestas suntuosas en honor de Luis VIII, yerno del llamado emperador Alonso, el año 1154, y de nuestro conde Ramón Berenguer, casado con doña Petronila; el año 1288 se proclamó rey de Castilla a D. Alfonso, infante de la Cerda, y se celebró la entrevista del rey de Aragón y el de Inglaterra y los ablegados apostólicos; en 1336 un ejército numeroso de ingleses y navarros le puso cerco en nombre de Pedro I de Castilla, saliendo victoriosa, como salió también del sitio que le pusieron los hugonotes berneses en 1552. Sus anales repletos están de luchas intestinas, rivalidades con pueblos vecinos, concordias juradas o firmadas en los pórticos de sus iglesias, juramentos y concordias

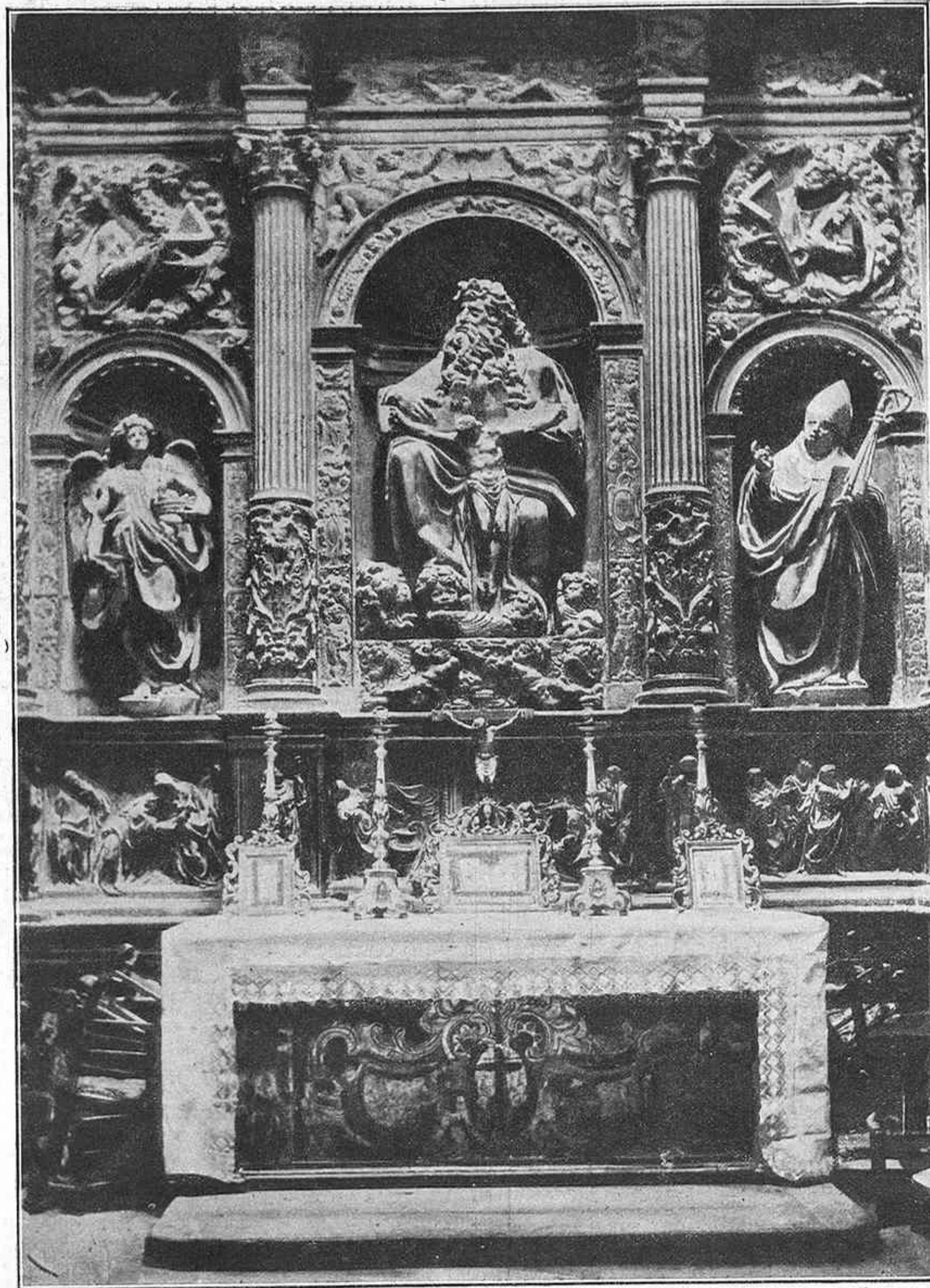
este período de luchas, que dan una explicación lógica a las terribles ordenaciones del año 1238 de los jurados prohibiendo el uso de armas, las hermandades,

terridad de las abadias ni la grandiosidad de las obras del Renacimiento. Pero el templo, de un exterior pesado y pobre salvo algunos detalles, es importantísimo por ser un libro abierto en el que puede leerse la historia de la arquitectura. En él ni una sola de las pasadas centurias ha dejado de estampar su peculiar estilo, demostrando al propio tiempo lo que un pueblo naciente, pobre, arrinconado y con escasos recursos, puede hacer con el entusiasmo que la fe le comunica.

Por orden de Ramiro I el año 1040 se dió principio a la construcción del templo. Sufrió consecutivas reformas, algunas de ellas modernamente y por cierto muy descabellada.

Como he dicho, en esta catedral se estudian perfectamente deslindadas las distintas épocas de construcción y modificación, y sus elementos y formas peculiares, cosa difícilísima de hallar reunidas. Tres son las épocas principales, bien deslindadas: la de su fundación en el siglo XI; la de la construcción de la mayor parte de sus bóvedas en los siglos XIII y XIV, y la de la sustitución del ábside central por uno de mayor longitud al finalizar el siglo XVIII. Con lo dicho no es de extrañar que en un período que abarca tantos siglos se encuentren empleadas desde las *trompas* de origen asirio que sostienen la bóveda del crucero, hasta el moderno dosel que cubre el altar mayor; desde los elementos de aquella civilización oriental que tuvieron su origen en las sencillas construcciones de las catacumbas, hasta los empleados en la Edad Media, cuando triunfó con magnificencia la ojiva durante los siglos XVII y XVIII con el retorno a lo clásico que se llama Renacimiento.

Tres naves partidas por una transversal formando cruz, triple ábside semicircular y un gran atrio en la puerta principal, fué la planta primitiva, de la que se conserva el crucero, sencillo, sin adorno alguno, cubierto por una bóveda octagonal sostenida por *trompas* que recuerdan las de muchas iglesias catalanas de los siglos XI y XII. Las columnas son alternativamente cilíndricas o apilas-



Jaca. - Catedral. Altar de la Trinidad

des, los gremios, los vetos personales y los malos tratos a los curas.

Si Jaca fué cuna de la monarquía aragonesa, también lo fué de su legislación. Los fueros concedidos por el rey Sancho fueron la base de las leyes aragonesas, y fué tal su importancia, que llegaron a consultarse por gente de Castilla, Navarra y otros países, como dijo el propio Alfonso II al confirmarlos.

El castillo o ciudadela es lo primero que se tropieza al llegar desde la estación a las puertas de la ciudad. Felipe II lo mandó construir el año 1595. Forma un pentágono regular, con seis baluartes, grandes explanadas, extensos glasis, una plaza inmensa, una iglesia, un palacio para el comandante general, todo medio arruinado y descuidado. Desde sus baluartes se descubre un magnífico panorama: la ciudad, la huerta, el valle del río Aragón, el caprichoso Oruel, los montes de San Juan de la Peña y los Pirineos con las nevadas crestas de la *Peña Collavada*, forman un bello espectáculo.

A la entrada de la ciudad se encuentra la catedral, importantísimo templo de aspecto tétrico, cuya fábrica no tiene ni la

amplitud de las basilicas latinas ni aquella elegancia y esbeltez de las ojivales, ni presenta la mística aus-

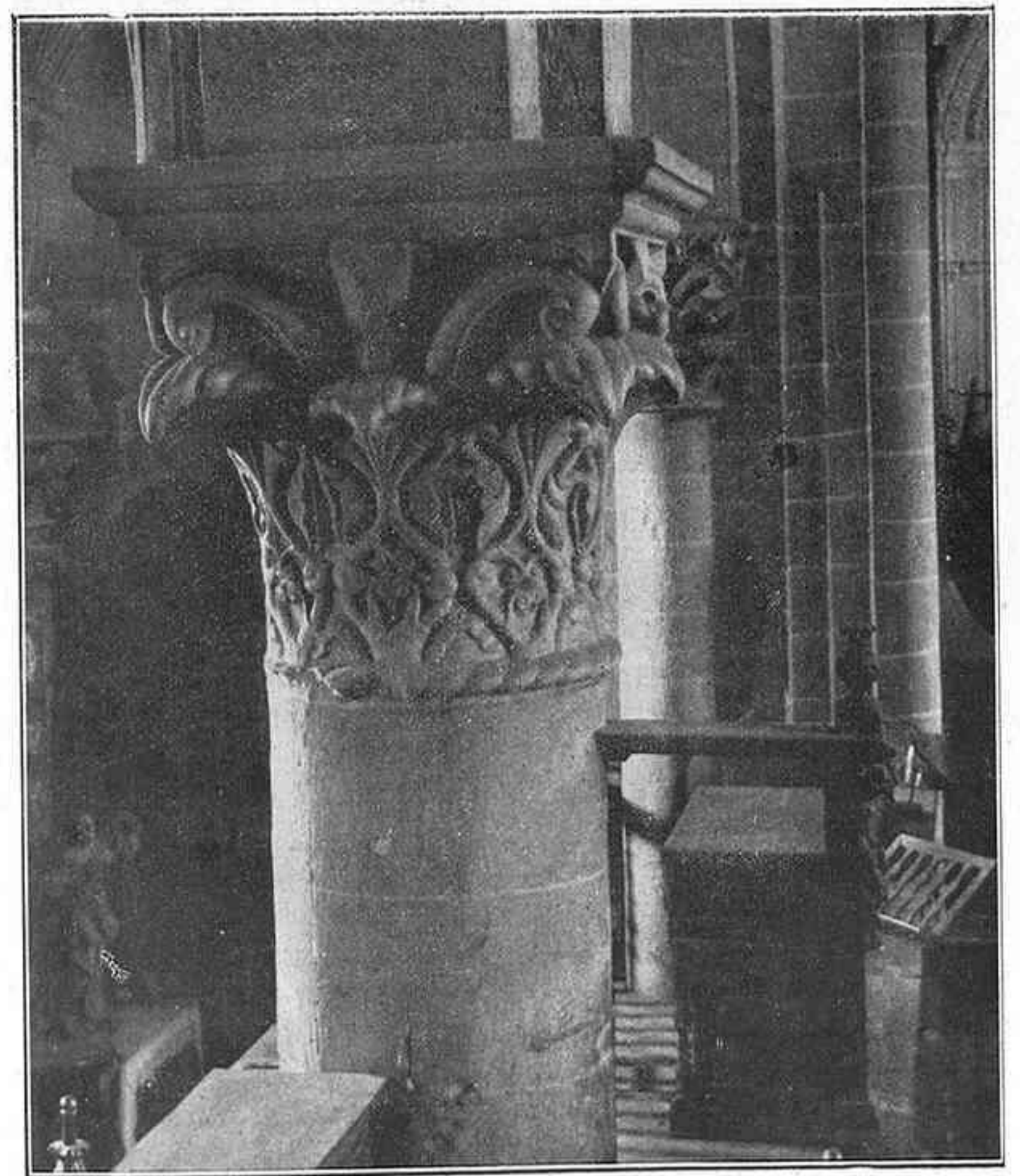
tradas, presentando en sus capiteles una gran variedad; cúbicos los del arco triunfal, con esculturas du-



Capitel de una columna de la catedral

rotos al día siguiente. En los polvorientos pergaminos guardados en la casa comunal puede estudiarse

amplitud de las basilicas latinas ni aquella elegancia y esbeltez de las ojivales, ni presenta la mística aus-



Capitel de una columna de la catedral

tradas, presentando en sus capiteles una gran variedad; cúbicos los del arco triunfal, con esculturas du-

ras y aplanadas, de puro estilo latino-bizantino; ostentando geométricos entrelazados de dos o tres órdenes de hojas, animales fantásticos o escenas bíblicas otros; mientras que los de las columnas cilíndricas son circulares, con adornos de flores abiertas, con perlas engarzadas al modo oriental, capiteles que extraña encontrar en sitio tan apartado y cuya presencia sólo me explico pensando que tal vez el yerno de D. Ramiro, el conde de Bigorra, que tomó parte activa en las Cruzadas, trajese a las férciles y apartadas regiones del naciente reino algún artista de la tierra de Constantino que no pudo sustraerse de las soberbias concepciones de Bizancio al ejecutar la obra. El imahante forma una lonja o atrio que conserva su primitiva forma: espacioso, de bóveda semicircular o de cañón apoyada en pesadas columnas de capiteles románicos de tosco tallado. En su frontis se abre la puerta, formada por un seguido de arcos en degradación que se apoyan en columnas cuyos capiteles están primorosa y artísticamente trabajados a estilo bizantino. Su tímpano es un precioso ejemplar policromado, cuyos restos de pintura y ornado que se conservan dejan adivinar lo que fué. En él está esculpido el lábaro de Constantino, el anagrama de Jesucristo de todas las combinaciones bizantinas, rodeado por grupos simbólicos. En el ala derecha del templo existe otra puerta con esbeltas columnas de hermosos capiteles bizantinos que forman otra lonja cuyos arcos, tapiados en la actualidad de un modo lastimoso, dan a una plazuela con pórticos que sirve de mercado a la ciudad.

Durante el siglo XIV sufrió la catedral una gran reforma. Se suprimieron las primitivas bóvedas laterales por otras del tercer período ojival, conservando los primitivos apoyos, truncando de este modo la armonía que debió existir entre su elevación y la luz que entra, que es desproporcionada y escasa. A fines del siglo XVIII, en 1790, el cabildo, queriendo sin duda dar más grandiosidad a la basilica, emprendió obras importantes de reforma tan equivocadamente y de tan mal gusto, que desvirtuaron su primitivo y bellissimo carácter. Substituyendo el ábside central por otro mayor y desproporcionado; colocando en vez del antiguo altar mayor, consagrado el año 1449, que formaba un retablo de obra con pinturas del oscense Juan Abadía representando la vida de Santa Orosia, un detestable dosel que cubre una malísima imagen de San Pedro; decorando la bóveda con frescos de Bayer; pintando las paredes con pinturas murales del mismo autor, pobremente concebidas y ejecutadas, estropearon y cometieron un crimen de lesa-arte imperdonable en corporación que debía sumar un grado de cultura que no demostraron por cierto.

El coro de esta catedral carece de importancia, y sus tallas barrocas son de pobre inspiración y ejecución.

A la izquierda de la puerta que da salida a los claustros dejó el arte gótico una verdadera joya,

desplegando en sitio reducido su más exquisito gusto en una columna con dos estatuas sobrepuestas, obra de finísima labor, como lo es también el guardapolvo que la cobija y sus delicadas molduras. La capilla de San Miguel, a la derecha del altar

naves laterales dedicada a Santa Orosia, ostenta cuadros notables.

En el altar mayor y en urna de plata se guarda el cuerpo de dicha santa, venerada patrona de la ciudad.

Unos bajorrelieves cincelados en una capilla, del tiempo de Ramiro el Monje, y una imagen de la virgen pintada sobre vidrio, ejemplar muy notable, son curiosidades dignas de contemplarse en la catedral jaquesa.

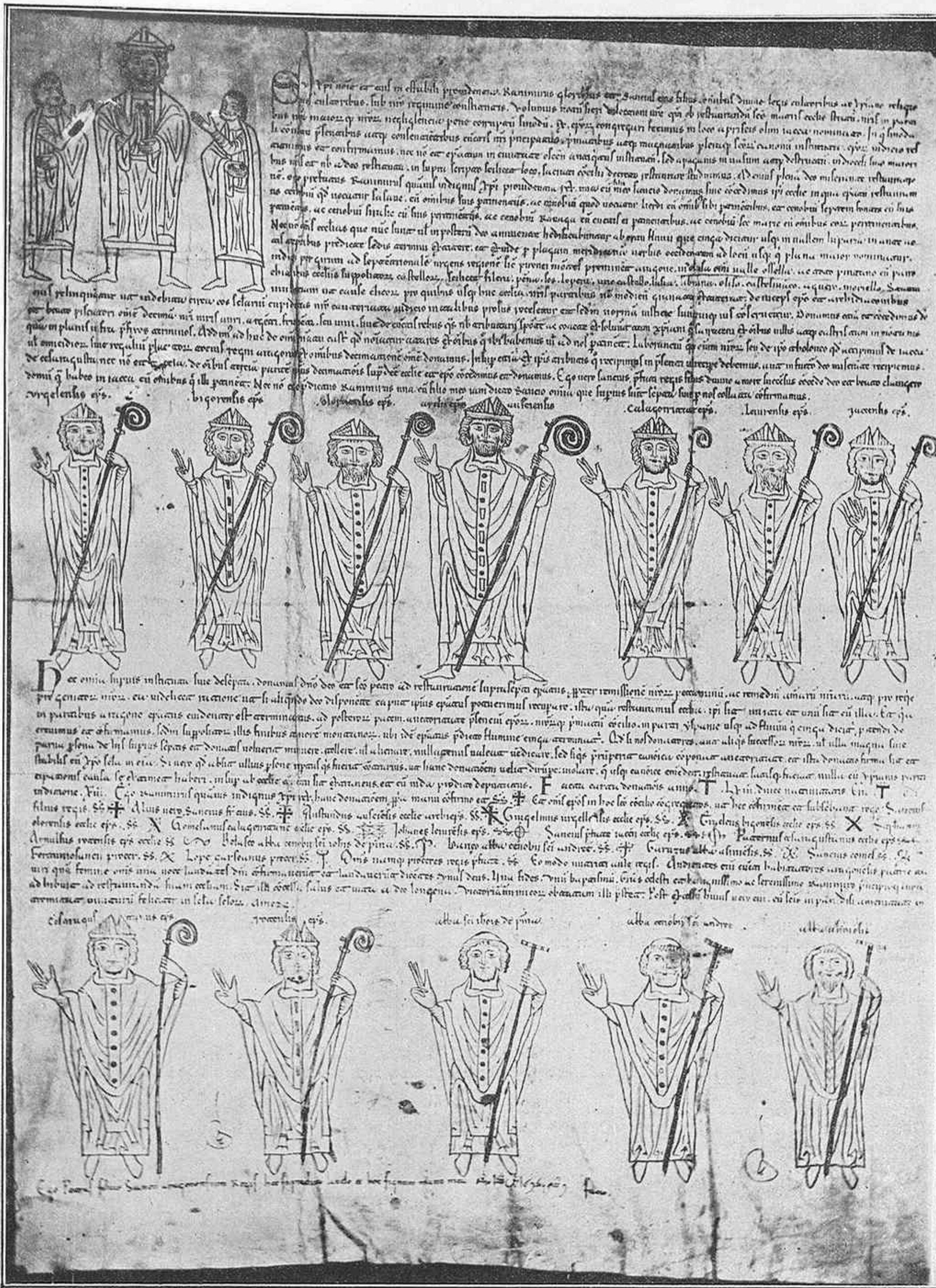
En la espaciosa sacristía se guardan algunas casullas valiosas, y en la sala capitular, situada en la antigua capilla de San Juan, construcción primitiva anterior a la catedral, se conservan algunos objetos de valor, un cuadro de San Juan y algunos relicarios de valor artístico.

Son tristes y oscuros los claustros de la basilica, de bóveda, bajísima, de aristas; la luz que se filtra en ella por pequeñas aberturas ovaladas apenas deja leer algunas inscripciones sepulcrales compuestas de epitafios o nombres, o algún resto de cornisa bizantina que quedó como recuerdo de otros tiempos en aquel recinto más monacal que propio de un gran templo. En ellos está situada la capilla del Pilar, cuya bóveda (tapada actualmente por un desgraciado cielo raso) sostienen pesados arcos apuntados, casi a ras de tierra, sobre enormes pilas tras con esculturas bizantinas, trasladadas allí sin duda de algún monasterio. Cierra el presbiterio de esta capilla una hermosa verja de hierro, de estilo ojival, primorosamente forjada.

En el ábside derecho, único que se conserva de la primitiva construcción de la basilica, son dignos de examen el ventanal flanqueado por columnas cilíndricas que sostienen en sus pequeños capiteles dos series de arcos en degradación, y el alero sostenido por medallones de varios y rudimentarios dibujos.

El archivo de esta catedral, que fué la primitiva y única sede aragonesa durante largo espacio de tiempo, guarda gran número de importantes pergaminos y documentos históricos de sumo interés. Entre todos es tal vez el más importante y curioso el acta del concilio allí celebrado el año 1063, después de la consagración de la basilica, suscrita por el rey D. Ramiro, sus dos hijos Sancho, legítimo uno y natural el otro; el arzobispo de Aix Aristónido; Guillén, obispo de Urgel; Heraclio de Bigorra, el de Olorón Esteban, Juan de Leytona de Calahorra, Sancho el de Jaca, Palermo de Zaragoza y el de Roda Arnulfo junto con los abades, Velasco de San Juan de la Peña, Poncio de San Andrés y Garuso del monasterio de Sirneia, con la particularidad de estar los firmantes representados con toscas figuras en este pergamino.

Al salir por la puerta lateral a la pequeña plaza porticada, pudimos dar una última mirada a la pesada fábrica del templo y a su campanario cuadrilongo de tosca construcción y pobre aspecto, indigno de las bellezas y recuerdos que atesora la basilica y de la importancia que tuvo en la historia del antiguo reinado pirenáico. - EL CONDE DE CARLET.



Jaca. - Archivo de la Catedral. Acta del Concilio celebrado en 1063 después de la consagración de la basilica

mayor, es la más importante de este templo, y su portada de estilo plateresco, formada por dos cuerpos con columnas llenas de altos relieves y adornos de buen gusto, coronada por un rosetón hermosísimo de estilo de transición, forman un conjunto armonioso, artísticamente pensado y desarrollado por su autor, el florentino Juan de Moreto, que legó una joya y uno de los mejores ejemplares que en este estilo posee nuestra patria.

En la capilla dedicada a la Santísima Trinidad, al pie del templo, con un retablo de buena talla y portada de estilo barroco exagerado, puede admirarse una hermosa imagen de talla que representa al Padre Eterno presentando a su hijo, cuyo magnífico aspecto y grandiosidad recuerdan el Moisés de Miguel Angel.

En el notable retablo de la capilla de Santa Ana, de época de la decadencia, que representa la vida de la santa, cuyas diversas escenas separan columnatas esbeltas y doseles primorosamente tallados, el oro de los nimbos que rodea las cabecitas contrasta con el color obscuro del ropaje, dando un aspecto original al conjunto.

La capilla de estilo gótico situada en una de las

EL MUNDO FISICO

POR AMADEO GUILLEMIN, TRADUCCIÓN DE M. ARANDA Y SANJUÁN

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales

BARCELONA

SALÓN PARÉS

Celébrase actualmente en el Salón Parés la exposición que todos los años, desde hace muchos, organiza la Sociedad Artística y Literaria, entidad de la cual, como es sabido, forman parte los más conocidos y reputados artistas de nuestra capital.

La característica de las exhibiciones de esta sociedad es la armonía entre todas las obras que en ella figuran; y esta nota característica se observa también en la de este año. No hay en ella ninguna estridencia; tampoco hay esas obras que por su originalidad o sus osadías señalan una orientación nueva; pero la impresión que en conjunto produce es grata, y el espectador, si no asombro, experimenta en presencia de los cuadros y esculturas expuestas una sensación de placidez, de bienestar, que otras exposiciones de distinta índole no le producen. Los artistas que a ella han concurrido no se proponen deslumbrar al público; quieren más bien hacer acto de presentación, mostrar una vez más cómo continúan o progresan en el camino emprendido, y diríase que todos ponen especial empeño en no ser una nota discordante, en no aparecer como deseosos de obscurecer con su superioridad a sus compañeros.

¿Quiere esto decir que no hay en la exposición obras de valía? De ningún modo, puesto que las hay y no pocas que honran a sus autores, y estos autores, como dejamos dicho, pertenecen a la elite de los artistas barceloneses.

En la imposibilidad de hablar de todas las obras expuestas, mencionaremos las más salientes: un hermoso boceto de Ribera; un paisaje lleno de poesía de Modesto Urgell; las escenas



El eminente escritor D. Benito Pérez Galdós, boceto retrato modelado por José Cardona (Exposición de la Sociedad Artística y Literaria. Salón Parés.)

de playa de Baixeras, dos de las cuales reproducimos en el presente número; *Septiembre*, paisaje bellísimo de Galwey; unas vistas de Mallorca de Iserny y Alié, dos poéticas composiciones de Tamburini, *Visión del campo* y *Jardinera*; unas figuras bien movidas y de mucha vida de Mongrell, las figuras y escenas de *music-hall* de Ricardo Urgell, los paisajes de Meifrén tratados con gran valentía, las notas delicadas y elegantes de Martí Garcés, entre las que sobresalen las tituladas *La reja* e *Interior*; la preciosa figura femenina de Vázquez *En el camerino*; la impresión de color de Xiró, la escena patética de Borrás Abella, la elegante y graciosa máscara de Cusi, *El capuchón tornasol*; el retrato de Galofre Oller, los bonitos paisajes de Agapito Casas, de Tolosa, de Sans y de Cortés Riera, las frutas y flores de Pedro Casas, el jardín de Luig Perucho, las nubes de Citadini y las montañas de Oliver.

Un solo escultor expone algunas obras, José Cardona; son cuatro retratos figurando entre ellos el del ilustre novelista y dramaturgo D. Benito Pérez Galdós que el adjunto grabado reproduce. Esta figura es completamente abocetada y aun en algunos fragmentos parece no terminada todavía; y sin embargo hay tanta naturalidad en su actitud, tanta expresión en el rostro, tanta vida en el ademán, que produce un admirable efecto.

En resumen, la actual exhibición de la Sociedad Artística y Literaria, que ha sido muy visitada y celebrada unánimemente, es una nueva prueba de la valía de los elementos que la componen, y merece el aplauso y la gratitud de los aficionados a las bellas artes por el esfuerzo que significa en pro del arte barcelonés.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

SEGUNDO CURSO DE CASTELLANO, CONFORME AL PROGRAMA OFICIAL DE 1910, por el Dr. Fernando León. - Este libro, escrito con arreglo al programa oficial decretado por el gobierno peruano, comprende la Sintaxis y la Prosodia, y abarca las enseñanzas más sólidas y prácticas en orden a la composición castellana. Cada lección contiene los principios teóricos referentes a la misma y lleva como apéndices ejercicios de lectura, para los que el autor ha utilizado fragmentos de nuestros mejores autores, antiguos y modernos, ejercicios de pensamiento, de composición y de aplicación. Un tomo de 134 páginas, impreso en la imprenta El Tiempo, de Ica (Perú).

BARCELONA TÍPICA, por Alejandro Font. - Colección de artículos escritos en catalán que responden perfectamente al título del libro. En efecto, son cuadros de costumbres tradicionales y típicas de nuestra ciudad, llenos de vida y de color local, con tipos admirablemente estudiados y escenas descritas con todo el relieve de la realidad y revestidas de un estilo humorista sano y salpicado de agudezas que hacen agradabi-

lísima su lectura. Un tomo de 238 páginas, editado en Barcelona por la biblioteca «Juventut»; precio, tres pesetas.

INFORME DEL FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL PROPONIENDO EL ESTABLECIMIENTO DE ZONAS FRANCAS. - Este informe que el Fomento ha elevado ante la Comisión Parlamentaria encargada de dictaminar sobre el Proyecto de Ley de zonas francas, es un trabajo profundamente pensado, como todos los que salen del seno de aquella entidad, entusiasta y celosa defensora de la producción española. Serenamente, sin apasionamientos, sólo con razones y con números, se rebaten en él todos los argumentos aducidos en contra de las zonas francas, y se demuestran las inmensas ventajas que a la industria, al comercio y a la navegación en general reportaría la implantación de esta reforma, con la que cesaría el desequilibrio entre la exportación y la importación, se crearían grandes mercados y se daría poderoso impulso al negocio naviero. Un folleto de 74 páginas, impreso en Barcelona en la Imprenta Elzeviriana.

DIVAGANDO POR LA CIUDAD DE LA GRACIA, por José M.^a Izquierdo y Martínez. - La Ciudad de la Gracia a que este libro se refiere es Sevilla, pero no la Sevilla pintoresca, la del sol, de la manzanilla, de los toros, de la Feria, de la

agudeza, única que ven y admiran por regla general los turistas; sino una Sevilla vista por un sevillano observador profundo, juzgada por un pensador filósofo y sentida por un poeta ensoñador. Las divagaciones del Sr. Izquierdo abarcan las más diversas materias, literatura, filosofía, bellas artes, fiestas populares; en ellas se habla de poetas y de artistas, de libros y de monumentos, de ateneos y teatros, de paisajes y de diversiones, todo tratado de una manera original, en un estilo castizo, elegante, ameno dentro de su profundidad, con profusión de observaciones substanciosas y de pensamientos de belleza y elevación grandes. Un tomo de 408 páginas, impreso en Sevilla en la imprenta de Joaquín L. Arévalo; precio, 3,50 pesetas.

EL CONFLICTO EUROPEO, por el Dr. Camilo S. Delgado. - El autor de este libro, distinguido escritor e historiador colombiano, estudia en él la actual guerra internacional y sus antecedentes. Comienza relatando las consecuencias de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, y después de narrar algunos episodios diplomáticos posteriores, se ocupa en el asesinato de Sereaiivo, origen de la lucha actual, y en los primeros sucesos de ésta. Es una obra que se lee con interés por la forma amena en que está escrita. Un tomo de 192 páginas, editado por la casa Mogollón, en Cartagena (República de Colombia).

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero Hierro Quevenne. - El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ

ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN